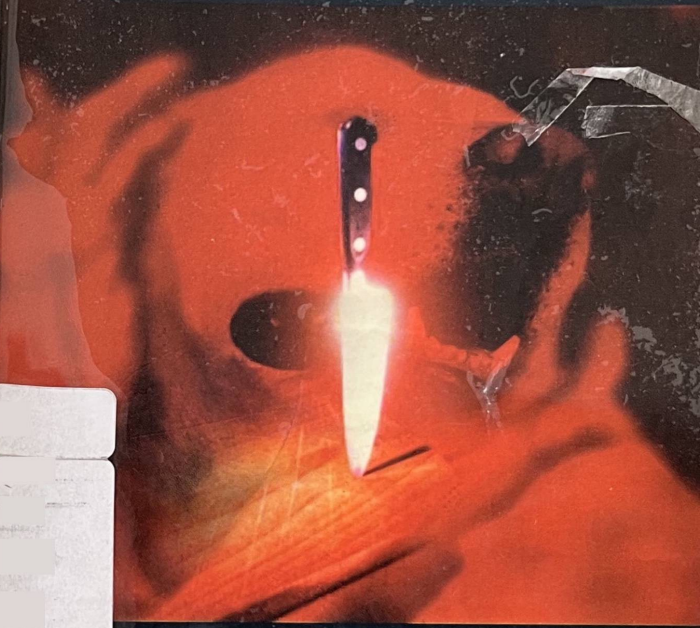
Mediodía de frontera

Claudia Hernández



FICCIONES

CONCULTURA

Mediodía de frontera
Claudia Hernández
FICCIONES
15

dpi
Dirección de Publicaciones e Impresos

Mediodía de frontera

Colección Ficciones

Colección Ficciones
Volumen 15

Hecho el depósito
que marca la ley

Primera edición
Dirección de Publicaciones e Impresos
Consejo Nacional para la Cultura y el Arte
San Salvador, 2002

Diseño de portada: Edwin Ruis

© Para esta edición, DPI
© Claudia Hernández

863
H557m Hernández, Claudia
Mediodía de frontera / Claudia Hernández. -- 1a. ed. --
slv San Salvador, El Salv. : Dirección de Publicaciones
e Impresos, 2002
125 p. ; 21 cm. -- (Colección ficciones ; V. 15)

ISBN 99923-0-092-2

1. Novela salvadoreña. I Título.

Impreso en sus talleres
17 Av. Sur No. 430, San Salvador,
El Salvador, Centroamérica,
Tels.: (503) 222-9152, 222-0665, 271-1806
Fax: 271-1071

Claudia Hernández

Mediodía de frontera

Las molestias de tener un rinoceronte

QUE A uno le haga falta un brazo es incómodo cuando se tiene un rinoceronte. Se vuelve más difícil si el rinoceronte es pequeño y juguetón, como el mío. Es fastidioso. La gente de estas ciudades bonitas y pacíficas no está acostumbrada a ver a un muchacho con un brazo de menos. La gente de estas ciudades bonitas y pacíficas no está acostumbrada a ver a un tipo con un brazo de menos y a un rinoceronte de más saltando a su alrededor. Uno se vuelve un espectáculo en las ciudades aburridas como ésta y tiene que andar por las calles soportando que la gente lo mire, le sonría y hasta se acerque para platicar de lo lindo que está su rinoceronte, señor, no lo compró acá, ¿verdad? ¿De qué rinoceronte me habla, señora? Del suyo, por supuesto. Disculpe, se equivoca –digo–, el rinoceronte es bellísimo, pero no es mío –les aseguro, y me aseguro de que lo vean a él y no a mi brazo que no está–. ¡Oh, no diga eso!, es evidente que es suyo: ¡mire el amor con que lo ve! Está bien –acepto para no seguir discutiendo y demorándome (un joven como yo, aunque le haga falta un brazo, tiene muchas ocupaciones como para detenerse a debatir con cada persona que lo mira o le habla)–, es mío. ¡Lo sabía! ¿Y bien?

Pues nada, es usted un hombre afortunado, ya me encantaría tener uno igual. Pues es su día de suerte, señor. ¿Mi día de suerte? Sí, señorita: es suyo, se lo obsequio. No, no podría. ¿Por qué, niñitos? Es que el rinoceronte lo quiere a usted. Pero usted le simpatiza, llegará a quererlo, abuelo. De ninguna manera, el rinoceronte es feliz con usted. Y yo ya no trato de deshacerme de él. Prosigo mi camino y la gente se queda molesta porque no sonrío, y me voy molesto porque la gente espera que le sonría por haberme detenido para preguntarme por el rinoceronte aunque no me haya ayudado a deshacerme del animalito, que salió de alguna parte el día que perdí el brazo y me siguió –sin que me diera cuenta– durante tanto tiempo que ya lo identifican conmigo, que lo creen mío. Hasta él se cree mío. Me sigue. Me acompaña. Me da su compañía bajita y gris y me acaricia siempre con ese su cuerno que apunta hacia el futuro. Se esfuerza por agradarme, incluso se preocupa por encontrar su alimento para no tener que darme motivos para decirle que se vaya de una vez, que me deje en paz.

Una tarde fui a dejarlo a casa de mis abuelos para que se hicieran compañía los tres; ellos sí lo necesitan, no como yo, que no necesito estar con un animalito o con una persona para sentirme mejor, aunque me falte un brazo. Pero él no quiso quedarse, y los abuelos me ordenaron que lo sacara inmediatamente de su hogar. Me pidieron que les llevara un niño o un perrito, o un periódico, si es que quería obsequiarles algo.

Molesto como casi nunca, lo fui a perder a una región dominada por la noche. Pero, cuando apenas había caminado media cuadra, ya venían los pasos pequeños del rinoceronte atropellándose, en mi búsqueda. Y m

No porque me buscara, sino porque en esa media cuadra extrañé el eco de sus pasos.

Me alegró. Le era yo agradable, por eso me había seguido a mí, que no tengo brazo, y no a otro que estuviera completo.

Lo dejé que siguiera a mi lado. Desde entonces lo soporto. A él y a las miradas de la gente que lo ve y me mira, a mí y al brazo que me falta, y que no me ayuda a que él se vaya. Me enoja que me dejen solo con este problema con cuerno, aunque a veces me aflijo. Temo que se me acerque alguien a verlo, yo se lo ofrezca, lo acepte, y se lo lleve, y que el rinoceronte no oponga resistencia y me deje, y se vaya, y ya no tenga yo pasos enanos alrededor de mis pies de hombre incompleto. Pero no se lo digo. Que él haga lo que le venga en gana. Que camine conmigo si quiere hasta que sea grande y yo pueda montarlo.

Yo seguiré negando que me pertenece aunque, al llegar a casa, lo acaricie con los dedos que no tengo y lo deje dormir bajo mi sombra. Seguiré ofreciéndoselo a todo el que me pregunte por él. Porque no es mío. Puede irse cuando quiera. Con quien quiera. No es mío. No lo llamé. Vino solo. Sin que yo le dijera. Me escogió. A pesar de ser incompleto. Me escogió a mí y no a otro, no a los cientos de miles que habitan esta ciudad. Me escogió y me quiere. No se va a ir. No se lo permito. Lo oculto con el brazo que no tengo. Nadie podrá quitarle su rinoceronte a un hombre que ya perdió su brazo. Nadie.

Hechos de un buen ciudadano (parte I)

HABÍA UN cadáver cuando llegué. En la cocina. De mujer. Lacerado. Y estaba fresco; aún era mineral el olor de la sangre que le quedaba.

El rostro me era desconocido, pero el cuerpo me recordaba al de mi madre, por las rodillas: huesudas y extremadamente sobresalientes, como si no le pertenecieran, como si se las hubiera prestado otra mujer mucho más alta y más flaca que ella.

Las cerraduras no estaban forzadas, ninguna. Tampoco había un arma por ningún sitio. Nada había que me diera pistas sobre el asesino, salvo la mujer, muerta de la manera en que matan a las vacas. Eso sí: sin manchar el piso. Ni una sola gota había en él. Un buen trabajo. He visto muchos asesinados en la vida, pero nunca uno con un trabajo tan bueno como el que le habían practicado a la muchacha, que tenía cara de llamarse Lívida, tal vez por el guiño de lamento que se le había quedado atascado en los labios amoratados.

Como cualquier buen ciudadano, no esperé a que apareciera mensaje alguno en la radio o en la televisión; yo mismo hice imprimir uno en el periódico:

Busco dueño de cadáver de muchacha joven
de carnes rollizas, rodillas saltonas y
con cara de llamarse Lívida.
Fue abandonada en mi cocina, muy cerca de
la refrigeradora, herida y casi vacía de sangre.
Información al 271-0122.

Cuatro personas llamaron. El primero –un hombre con voz aguda, que de inmediato imaginé que tendría las manos muy finas– buscaba un cadáver fresco, pero de hombre: a su familia le habían matado un miembro, al que debían dar entierro para poder vivir sin cargos de conciencia. No lo habían encontrado. Los asesinos lo habían escondido para aumentar su culpa.

Sabía que yo anunciaba una mujer, pero tenía la esperanza de que los causantes de la muerte de su pariente hubieran decidido también dejar el cuerpo en algún lugar de mi casa, aunque no fuera junto a la refrigeradora.

Lamenté decepcionarlo, pero le prometí que lo llamaría si por casualidad me depositaban también el cadáver que buscaba o si podía ayudarlo de alguna otra manera. Me lo agradeció sinceramente y me deseó un buen día.

Luego telefoneó una mujer que trabajaba –a juzgar por los ruidos que se adivinaban tras su voz– en una oficina pública. Quería felicitarme. —Ya no hay ciudadanos como usted –me dijo.

No quiso darme su nombre. Colgó rápidamente.

La tercera fue de un hombre de voz grave, que no hablaba por iniciativa propia, sino de parte de la oficina donde trabajaba. Deseaba saber si yo había tomado medidas de salubridad para evitar contagios

en el vecindario. Quedó en enviarme una forma para que la llenara y firmara para hacerme responsable si acaso se desencadenaba una epidemia de muertos en los alrededores.

La cuarta llamada me conmovió. Se trataba de una pareja de adultos mayores. Buscaban a una mujer con las características de la que yo ofrecía en mi anuncio, pero viva, no muerta; con los labios purpúreos, no violáceos.

Transcurrió una semana sin que alguien más la reclamara. La recogí del suelo y me dispuse a llevarla a la oficina de salud para que se hicieran cargo de ella, que ya comenzaba a oler mal pese a mis cuidados, a mis baños con bálsamo y sal de cocina. Entonces se me ocurrió que sería bueno llamar a los señores, a la pareja, para ofrecerles el cadáver. Sin costo alguno, sin compromisos. Pero me pareció que sería cruel; seguramente no querrían recibirlo porque, al aceptarlo, estarían negando la fe en que su hija (cuyo nombre, por cierto, es Lívida) estuviera respirando aún. Les quitaría la esperanza, y eso no es digno de un ciudadano como yo. Decidí mejor telefonear al hombre de la voz aguda, quien aún no había encontrado el cadáver de su pariente ni lograba tranquilizar a su familia.

Cuando lo tuve al teléfono, le sugerí que aceptara el cadáver que estaba en mi cocina y lo presentáramos a los suyos como el del pariente que habían perdido –por supuesto, sellaríamos el ataúd para evitar que alguien descubriera las diferencias entre los cuerpos–, así haríamos dos favores: le daríamos entierro a esa niña y calmaríamos a los parientes de él, que por fin dormirían tranquilos.

Aceptó encantado, llegó casi de inmediato a recogerlo. Con todo y el ataúd –uno muy masculino, por cierto.

Lo reconocí de inmediato por la mirilla, no por el ataúd que llevaba bajo el brazo o por el rostro de doliente esperanzado, sino por las manos, que eran tan finas como decía su voz. Abrí. Nos saludamos como viejos desconocidos: con abrazos, sin sonrisas. Le di el pésame. Me comentó que era yo mucho más alto de lo que había imaginado. No quise continuar con la conversación porque empezaría a decirme que no sabía cómo agradecerme, y no quería yo ponerlo en una situación tan incómoda. Sabía que estaba ansioso, que tenía prisa. Lo conduje a la cocina. Le presenté a la muchacha y juntos la introdujimos en el ataúd, que llenamos con objetos varios de mi casa para que pesara lo que pesaría el muerto de él si lo hubiera encontrado.

Al final me pidió discreción. Por supuesto se la juré, como cualquier buen ciudadano hubiera hecho, y lo ayudé a cargar el ataúd hasta el automóvil de la funeraria, que nos esperaba fuera.

Carretera sin buey

DE HABER sabido que se trataba de un ser humano, no hubiéramos detenido el automóvil. Ni siquiera hubiéramos disminuido la velocidad. Pero nos engañaron nuestros ojos, que vieron una silueta animal a la orilla del camino. De lejos, parecía buey. Un buey algo flaco, pero hermoso que miraba la eternidad sin compañía desde una curva de la carretera.

Quisimos unirnos a su contemplación, estar con él, ver lo que él miraba. Y descendimos. Le pusimos una mano sobre el lomo, que resultó no ser lomo, sino la espalda ancha y huesuda de un hombre que, en cuatro patas, miraba hacia donde termina el horizonte.

No nos dijo palabra alguna, pero retrocedimos. Retrocedíamos y tratábamos de excusarnos, pero no había argumento racional capaz de justificar nuestra equivocación. Se lo dijimos. Entonces volvió hacia nosotros su rostro de hombre y nos sonrió. Se le llenaron de luz los ojitos. Nos preguntó si de verdad lo habíamos confundido, si no lo estábamos engañando, si realmente su silueta era ya como la de un buey. Claro, le dijimos. De no haber sido así, no hubiéramos parado la marcha. Nos detenemos solamente para contemplar de cerca a los animales,

nunca para ver personas, y mucho menos personas que parecen animales.

Suspiró con alivio. Relajó los músculos de la espalda. Nos dio las gracias por habérselo dicho. Éramos los primeros, por eso le costaba creernos. Había sospechado que éramos enviados de su madre: ella, cada cierto tiempo, le pagaba a gente para que fuera a convencerlo de que regresara a casa, de que dejara de una vez por todas ese camino, de que se olvidara del buey que había arrollado. Pero él no podía. No podía. Ya lo había intentado. Más de diez veces, incluso más de once. Había levantado su duelo y regresado a casa; pero, a diario, cuando pasaba por ese camino, sentía la falta del buey. Miraba el vacío del animal y no podía continuar tranquilo aunque él mismo se había encargado de hacerle compañía y de hablarle mientras el buey estuvo en el trance de la muerte, de acariciarlo cuando pareció necesitarlo, de cerrarle los ojos, de espantarle a las aves de rapiña que quisieron devorarlo, de darle sepultura, de no dejarlo a la intemperie, de sembrar flores y lágrimas sobre su tumba. Por eso había decidido tomar su lugar, estar en la curva, contemplar la eternidad desde ahí, actuar como buey. Y no lo conseguía. Preguntaba a la gente qué veían en él, y la gente le respondía que un hombre, un hombre a la orilla del camino dándoles la espalda.

Lloraba de frustración por no poder reponer al buey consigo mismo. Sentía que su esfuerzo no daba resultado, que su voluntad no había sido suficiente. Pero ya comenzaba a serlo: había funcionado con nosotros.

Nos conmovió escucharlo. Y le ofrecimos consejo. Le aseguramos que parecería un buey ante los ojos de cualquiera, pero debía obedecernos. Era simple: Debía

mirar sin tanta luz en los ojos. Quitarse la ropa (ningún buey en este país usa ropa). Hacerse de cuernos. Un buey sin cuernos no es buey. Debía tener un par. Era primordial. Y, si no tenía –que era su caso–, debía conseguir unos, preferiblemente los del buey al que quería suplantar.

Estuvo de acuerdo. Luego de desnudarse, se dispuso a desenterrar a su buey para quitarle los cuernos.

La cuarta indicación era esencial: tenía que castrarse. Si no lo hacía, jamás se miraría como un buey. Podría parecer cualquier otro animal, pero no un buey.

No puso reparos. Dijo que, si había que castrarse, se castraría. Su única dificultad era que no tenía un cuchillo a la mano. Nosotros tampoco teníamos, sólo una botella de vidrio, que quebramos para ayudarlo.

Todos estuvimos complacidos con el resultado. Nos felicitamos: había adquirido otro aspecto.

No nos cansamos de recordarle que debía restarle luminosidad a su mirada si quería parecer un verdadero buey. No cesamos de repetírselo hasta que nos juró que añadiría algunas sombras. Entonces subimos nuevamente al automóvil y seguimos nuestro camino. A alta velocidad. Pero seguíamos observándolo por el retrovisor: había mejorado, aunque la mirada se le había iluminado aún más. Le llevaría algún tiempo opacarla.

Un hombre desnudo en casa

HIERVE EL agua. Es una lástima porque ya no tengo pretexto para permanecer más tiempo acá, en la cocina, donde me siento tan segura con sólo no verlo.

Borbotea incesantemente. El sonido del agua en ebullición se percibe más fácilmente desde que mi respiración no se escucha, de tan apagada que está por su sola presencia. Tengo que dar señales de vida; mi silencio delata que estoy escondiéndome.

El agua hierve. Él puede escucharlo. Si no me apresuro, sabrá que lo estoy evadiendo.

Tomo un poco del polvo oscuro que guardo en la cocina –la etiqueta en el frasco asegura que es café– y lo mezclo con el agua que ha hervido a pesar de haber estado a fuego lento. Lo preparo sin azúcar, no vaya a ser que me resulte diabético el tipo y se me muera sobre los pocos ladrillos que forman mi pasillo.

Coloco el azúcar en un recipiente aparte por si él decide, si es diabético, que ha llegado la hora de comenzar a terminar con su vida de prohibiciones y privaciones.

—No sabía si lo ibas a querer con azúcar...

—No me preguntaste.

—Bueno, ¿querés azúcar?

—Soy diabético... Pero dejámela, quizás me agrade que un poco de dulce comience a matarme.

—Entonces no. Yo no me hago responsable por vos, ni siquiera te conozco. Imaginate... Si te morís, ¿qué voy a decir?

—No sé de dónde salió.

—Claro –me van a decir–. No lo conoce y él estaba aquí, en su casa, desnudo y bebiendo café con usted...

—Puedo ir a morirme afuera...

—Da igual. En tu piel o en tu mirada de muerto estaría escrito que comenzaste a morir acá. Y entonces vendrían a preguntarme por vos y tendría que contestarles algo como: «No sé. No lo conocía. Él ya estaba en casa cuando regresé. Lo encontré desnudo mirando por una ventana. Se me acercó y me dijo *Te estaba esperando. Regalame un café, ¿sí?* Y yo se lo preparé porque tenía miedo, no sabía lo que él podía hacerme. Se lo serví con la esperanza de que se largara pronto...»

—Entonces, ¿qué proponés?

—Que apurés tu taza y te vayás a aparecerte desnudo a otra casa o a donde se te ocurra para pedir café y ver por la ventana, pero que no vengás más a la mía.

Se ríe.

Transcurre un mes. Él está acá siempre. Siempre está desnudo y con la vista clavada en algo que entra a través de la ventana. Siempre está esperando que yo vuelva del trabajo para pedirme café y para que repitamos el diálogo del primer día. Lo repetimos, pero ya sin mi miedo.

Lo repetimos a diario. Yo sé lo que va a decirme. Conozco su guión, solamente eso. A él no he podido

conocerlo. Solamente sé qué va a decirme, que no tiene ropas, que le gusta el café y que mira por la ventana.

Apenas ahora, 30 días después de haberlo visto por primera vez acá, siento curiosidad. Me atrevo a acercarme un poco más a él, que ya está –como siempre– con la vista fija en la ventana, para preguntarle.

La voz me sale fuerte y ronca, aunque quise emitirla con dulzura.

—¿Qué es lo que siempre estás viendo a través de la ventana?

Me miró con terror y tristeza, y salió por la ventana.

No he vuelto a verlo.

Invitación

SALÍ PORQUE fui invitada a hacerlo. Acababa de bañarme y estaba asomando los ojos a la ventana de mi habitación cuando, de pronto, me vi pasar. Era yo. Pero no la yo que miraba en las visiones del espejo, sino otra yo que conocía y que tenía mucho tiempo de no ver: yo niña. Imposible confundirme: era mi mirada, mi forma de andar, mi sombra, mi vestido pálido, mis zapatos gruesos. Yo. Yo, que pasaba frente a mi casa corriendo. Rápidamente. Tan velozmente que me hice dudar. Pensé que se trataba de mi imaginación, que debía haber salido a correr por las calles que, siendo de una ciudad tan joven, se ven ya tan viejas. Me quedé pensando, sonriendo por lo bueno que era haberme visto de nuevo con los huesos diminutos y los dientes de leche. Acomodé mejor la vista en la ventana. Tenía la esperanza de que, si me quedaba ahí, si esperaba, yo-niña volvería a pasar, como hacen las mariposas, que regresan siempre sobre su vuelo.

Diez minutos esperé (el tiempo que de niña me tomaba darle la vuelta al barrio), y yo-niña aparecí. Me detuve frente a mí, que estaba esperándome en la ventana, me sonreí nuevamente y seguí corriendo, dándole vueltas al barrio, siete en total (las conté). Entonces,

yo-niña me invité a bajar. Con un ademán insistente. Me invitaba, y yo realmente deseaba bajar y tomarme de la mano, y correr, correr, correr, correr, correr. Así que bajé las escaleras de prisa.

Pero estaba desnuda. Me di cuenta de eso a mitad de las escaleras, y ya no pude salir a la calle, no porque no quisiera, sino porque los vecinos, que a esa hora sacan a pasear a sus infantes, se alarmarían: las mujeres desnudas que corren por las calles asidas de la mano de ellas mismas cuando eran niñas no son muy frecuentes por aquí. De modo que subí a la habitación para gritarle que no podía acompañarla, que lo sentía mucho, que estaba desnuda. Pero no me creyó; lo noté en su sonrisa. Por eso, me asomé completa a la ventana, para probárselo, para que viera que era cierto, que no tenía nada puesto.

Pareció no importarle. Seguía gritando que saliera, que saliera ya, que saliera pronto, que me apurara. Pataleaba insistente, hacía temblar el asfalto. Me hacía angustiarme, llenarme de desesperación por no poder salir... Entonces escuché mi voz –pero no mi voz de niña ni mi voz de ahora, sino mi voz de cuando esté ya muy vieja– que me decía que saliera a jugar conmigo-niña, que no me dejara esperándome. Me lo sugería con voz de mando. Me lo ordenaba. Y –como yo no daba un paso para cubrirme el cuerpo– comenzaba a vestirme con una sábana, y luego a llevarme de la mano por la escalera. Yo-vieja me colgué la llave de la casa al cuello para cuando volviera, me conduje por el pasillo y me abrí la puerta, y me saqué a la calle, me empujé para que me alcanzara a mí-niña, que, al verme salir, echó a correr colgando las risas en el aire como si se tratara de globos enormes.

Toda la mañana corrí tras de mí sin darme alcance. Yo-niña me animaba a aumentar la velocidad y a atraparme, pero seguía corriendo más rápidamente de lo que a mi edad puedo hacerlo. Corría y volvía a verme burlona (con mi risa de niña) mientras yo-vieja nos vigilaba desde mi puerta. Satisfechas se veían ambas. Parecían modelos de un cuadro. Lo único que quebrantaba la atmósfera de armonía era yo, que no sonreía, que estaba cansada, que me dolía de mis pies sin zapatos, lastimados por el asfalto caliente.

Dimos vueltas al barrio. Y, de pronto, yo-niña se internó en la ciudad. La seguí. La perdí de vista. Sólo su carcajada me guiaba. Estaba empecinada en darle alcance.

Quería. Pero no sabía dónde estaba. No reconocía el paraje. No conocía la ciudad. Y parecía que ella, la ciudad, se desordenaba detrás de mis pasos, adquiría otra geografía. De modo que no había una señal que me indicara dónde estaba. Ni siquiera la gente me ayudaba a ubicarme. Unas me decían que estaba cerca de mi barrio; otras, que nunca estaría tan lejos. Por eso preferí caminar sola. De alguna manera tendría que salir de allí. Con paciencia. Con esfuerzo. No dejando de caminar. Conocería el laberinto y podría salir de él. Estaba segura. Segura. Segura.

Pero toda mi seguridad no alejaba la desesperación, que se posaba sobre mí en forma de pájaros oscuros que tenía que espantar con movimientos de manos.

Caminaba. Caminé tanto y tantas veces alrededor de los mismos sitios que perdí la esperanza de regresar. Cuando ya ni siquiera tenía ilusiones, cuando ya ni siquiera deseaba dar con mi casa, visualicé el techo. Mi techo celeste. Y mi ventana. Caminé hacia ellos.

Era ya el ocaso. La noche se precipitaba tras de mí. Debía refugiarme (las noches en estas zonas son verdaderamente frías y yo andaba desnuda bajo la sábana que yo-vieja me puse). Así que tomé la llave que yo-vieja me até al cuello y la metí en la cerradura.

Entró sin problemas y hasta giró, pero no abrió. En los cuatro intentos falló. Entonces toqué. Para que alguien me abriera.

Vivo sola, nadie más habita mi casa, pero tenía la esperanza de que, si llamaba, alguien acudiría. No sucedió. Nadie atendió mi llamado. Y comencé a pensar en cómo abrir, dónde encontrar un cerrajero que creyera que la casa era mía (las dueñas de casa no se quedan afuera envueltas únicamente en una sábana).

Pensando estaba cuando me cayó una colcha encima. —Para el frío –me dijo una voz que distinguí de inmediato–. Venía de arriba, de mi habitación. Era mi voz de niña. Era ella. Me miraba burlona. Se reía de mí. Le grité que me abriera, que me abriera inmediatamente, que me abriera ya. Pero no se movió, por más que le gritaba. Sonreía y me hacía señales de despedida con la mano. Hasta que llegué yo-vieja y la halé hacia el interior de la casa. Le grité a ella que me abriera, que la llave no había servido, pero me miró como la gente ve a un ser molesto. Luego cerró la ventana y desapareció.

Intuí que no me dejarían entrar más. Así que me di la vuelta y me interné en la ciudad para buscar un empleo que me permitiera pagar una habitación en la que pudiera vivir, un lugar en un edificio alto, muy alto. Un sitio donde las voces de la gente que camina en la calle no puedan distinguirse para que, si ellas regresan, no pueda escucharlas ni aceptar sus invitaciones, ni salir a la calle, ni quedarme nuevamente sin casa.

Hechos de un buen ciudadano (parte II)

DEBIDO AL anuncio que publiqué por Lívida, comencé a recibir llamadas de gente que deseaba urgentemente saber cómo había solucionado el problema de tener un cadáver ajeno en casa. Me formulaban una cantidad exagerada de preguntas, a las que traté de responder satisfactoriamente: tenía experiencia en la materia y estaba dispuesto a ayudarlos en lo que fuera; sabía lo que es encontrarse en una situación así. Por eso, decidí proporcionarles la dirección de mi casa, por si los consejos telefónicos no les eran suficiente y necesitaban un poco más de apoyo.

Fue una buena decisión: en una sola tarde me llegaron veinte cadáveres de uno u otro sexo, de todas las edades y de diferentes partes de la ciudad.

A todos los colocamos en la cocina. Parecían un montón de muñecos nuevos. Ni uno solo estaba desnudo. Todos iban muy bien ataviados, aunque no con ropas que les pertenecieran. Habían sido encontrados desnudos, al igual que mi Lívida, pero los dueños de las casas, para transportarlos hasta la mía sin levantar sospechas, los habían vestido con ropas de sus armarios, y por eso es que habían muertas con ropas de hombre, niños con faldas floreadas, jóvenes

con indumentarias de ancianos y viejos con camisas de motivos infantiles. Todos los que los transportaron me dijeron lo mismo: que los habían encontrado en sus casas (en las entradas, en los dormitorios, en los pasillos) y que, sinceramente, no sabían qué hacer con ellos. Por eso acudían a mí, porque yo –un buen ciudadano– había sabido tratar con dignidad a la muerta Lívida.

Muchos me ofrecieron dinero por la ayuda que les brindé con sus cadáveres, pero no acepté. Alegaron que se trataba de una ayuda para sufragar los gastos, pero les dejé claro que, si tomaba el dinero, los estaba declarando a ellos responsables de los gastos, que debían ser asumidos por los asesinos o por los familiares de los muertos, no por ellos, simples víctimas.

Insistieron en que era justo ayudarme, y no sólo depositaron el dinero en cajas selladas que colocaron en mi sala, sino que también estuvieron prestos a ayudarme en lo que necesitáramos, yo o los veinte muertos.

Lo primero que les enseñé fue a salar los cadáveres para que, si volvían a tener un muerto en casa, supieran cómo proceder sin desfallecer o angustiarse. Les enseñé también a llenar las formas de la oficina de salubridad, a la que yo mismo telefoneé, como un gesto de amabilidad y cortesía, antes de publicar el aviso de los difuntos en el periódico. Después, redactamos entre todos el anuncio. Una página entera del periódico ocupamos. Y nos pusimos a aguardar las llamadas.

Para hacer más agradable la espera, ellos llevaron té, café, galletas y otras bebidas y bocadillos, para que comiéramos y conversáramos a gusto.

La pasamos muy bien. Intercambiamos historias, algunos obsequios, ánimos y, por supuesto, alegrías, cuando comenzamos a recibir las llamadas de los familiares de los cadáveres.

Trece de los veinte muertos fueron reclamados. Uno a uno, de todas partes de la ciudad y hasta de fuera de ella. Fue emocionante. Nos agradecían con lágrimas. Algunos parientes de los muertos hasta dijeron que ni en vida habían visto tan bien cuidados a sus hijos, hermanos, esposas, padres, amigas.

A los siete ciudadanos que no lograron encontrar ninguna familia que se ajustara a sus muertos, los despaché y los consolé confesándoles mi experiencia con Lívida, para que no se desanimaran. Y funcionó. Se repusieron y se marcharon esperanzados en que la próxima vez lo lograrían.

Antes de irse me preguntaron si debían llevarse los cuerpos de regreso a casa, y les contesté que no había necesidad: yo podía quedármelos y cuidarlos.

—Definitivamente, es usted un buen ciudadano –me dijeron.

Ya tenía planes para ellos. Me dispuse a lavarlos para quitarles el exceso de sal. Tres días me demoré. Luego, cuando estuvieron listos, los corté con cuidado para que no fueran a crujir demasiado los huesos y llamaran la atención de los vecinos. Después herví los trozos, deshilé la carne y la mezclé con una salsa hecha con los tomates que cultivo en mi jardín. El sabor era inmejorable.

Una vez que estuvieron listos, me fui a los sitios que albergan pordioseros, indigentes y ancianos. Les serví de la carne en abundancia. Todas las veces que desearon. Hasta los perros se llevaron lo suyo.

Dicen que nunca tuvieron mejor cena en la vida. Incluso los perros me lo expresaron. Y me sentí contento. Por mí y por los siete cadáveres, que aún muertos servían a sus prójimos.

Cuando me preguntaron que de dónde había sacado tanto dinero para alimentarlos, contesté que de las donaciones de los dueños de los veinte muertos. La ciudad entera lo supo. Me aplaudieron en un acto público y me llamaron hombre bueno, ciudadano meritísimo.

Acepté el homenaje con humildad. Les expliqué que no eran necesarias tantas atenciones para conmigo, que yo era simplemente un hombre normal, que había hecho lo mismo que cualquier ciudadano, de verdad, cualquiera.

El ángel del baño

DIANA (no la grande, que era la que la cuidaba sin ser la madre, sino la chica la que tenía ocho años y pintaba jirafas en las paredes) llegó a la cocina a anunciar que tenía un ángel. Diana (no la chica que era la niña a la que cuidaba sin ser ella su hija, sino la grande la que de edad llevaba 36 años en cuenta) se sonrió. Y le dijo que sí, que lo tenía desde que nació, que todo mundo tenía uno, o por lo menos eso se suponía. Que era bueno que lo supiera: ¿quién se lo había contado ya?, ¿la abuela?, ¿alguna amiguita? No; lo había visto. ¿Ah, sí? Sí, había aparecido por la ventana que da a la calle, le había sonreído, se presentó como su ángel cuando ella le preguntó quién era, y entonces lo pasó adelante porque él le pidió prestado el baño. Y allí lo tenía. Claro, cuando estabas en el baño, él estaba con vos. Pero, ahora que estás acá, él te acompaña. Debe estar en... No sé mucho acerca de los ángeles, no es mi fuerte. Pero en algún sitio: donde menos se imagina una –dicen que varios de ellos caben en la punta de un alfiler–. El caso es que está con vos. Te acompaña. Te mira. Te vigila. Luego, va y le cuenta a Dios qué hacés... Yo también tengo el mío. ¿Dónde?, no lo miro, dice Diana chiquita buscando con la vista entre las

paredes. Por acá, dice Diana grande señalando hacia el refrigerador. Pero tal vez se movió. A lo mejor está junto al tuyo platicando acerca de nosotras.

Diana, la chica, la de los ocho años, sonríe incrédula. Insiste en que su ángel no está allí con ellas, sino en el baño, lavándose la cara, que tenía muy sucia. Sí, claro. Andá a jugar, ¿querés?, tengo que terminar con esto para que comás. ¿Estás cocinando? Sí. Se va. Tranquila. El ángel tenía razón: su mamá no se enfadaría si sabía que él estaba dentro de la casa. Al contrario. Un ángel en el hogar siempre es aceptado, siempre es bien recibido. Se lo dijo, sí. Ahora tenía hambre, ¿había algo para comer? En ésas está.

¿Hay galletas, Diana? Sí, pero te las doy luego del almuerzo. No: ahorita. Mi ángel está hambriento, quiere comer. ¡Ah, es eso! Diana, la de los 36 años, le da una ración como premio por el lindo pretexto. Pero no es suficiente: el ángel es grande y está hambriento, querría más que cuatro galletitas redondas y oscuras. Diana, la grande, accede. La enternece la treta de la Diana chiquita para conseguir más galletas. Ingeniosa le parece. Por eso se las extiende, le advierte con risas que tenga cuidado en el baño, que si no se fija puede pisarle un pie al ángel, que es invisible. Y Diana chiquita le explica que no es invisible, que se ve y que es lindo. ¿En serio?, ¿se parece a tu papá o a tu abuelito? A ninguno. El abuelo es moreno y tiene una nariz inmensa, y papá no es tan lindo como él. El ángel es blanco, muy-muy-muy-blanco. ¿Cómo luz (así cuentan que se ven)? No. La luz es amarilla y brilla. Él solamente es blanco, como las camisas de los niños que van a la escuela. ¿Parece artista de cine? No, tampoco. No sonríe casi. Sólo a ella le sonríe, eso ha dicho. ¿Eso

ha dicho? Sí, eso. Sólo a mí, que lo quiero. ¿Y a Dios?, ¿le sonríe a Dios? No sé, voy a preguntarle.

Va. Corre hacia el baño. Diana grande sonríe. Diana chica regresa. El ángel no quiso contestar, pero pidió una toalla: no le ha bastado con lavarse el rostro y las manos, se quiere duchar. Ah, sí, claro. En el armario hay unas limpias. Va. Regresa. ¿Podría preparar emparedados? Las galletas calman, pero no llenan. Son apenas las once con treinta, ¿podés esperarte un rato?, ya casi es la hora del almuerzo. Si comés ahorita, no vas a tener apetito a la hora que sirva la comida, y tu mamá me va a regañar. Dice que no, que le va a quedar espacio para más. ¿Qué?, ¿creés que vas a poder? Yo no, el ángel: tiene mucha hambre, no ha comido en días. Diana grande sonríe. No debería acceder, pero la niña está representando tan bien su papel de amiga de un ángel que no tiene corazón para botarle el juego. Tomá el emparedado. Gracias. Se va.

Que si tenemos cerveza, dice. Estás llevando muy lejos este juego, niña, piensa. Las niñas no beben cerveza, murmura con desgano Diana grande. Se siente ofendida, ¿qué clase de persona cree Diana que soy? Hacerse la tonta tiene sus límites: no va a darle alcohol a una niña solamente por su trampa simpática, no. No es para mí, es para él, para el ángel que está bañándose. Suena el agua de la ducha cayendo. No me mintás, Dianita. No te miento. Está en el baño, dice. ¿Hay alguien en el baño?, piensa. Duda. No te miento. Sí, el ángel, el que te dije. Nerviosismo. ¿Regresó tu papá? No, no ha vuelto. Desesperación. No es momento para bromas. ¿Hay alguien o no? Se escuchan pasos. ¿De quién son esos pasos? ¡Del ángel, te digo! ¿Cómo entró? Angustia. Le abrí. ¿Le abriste? Sí. Abrió la

puerta (Dios mío). ¿A quién le abriste?, ¿a tu tío?, ¿a algún vecino? No. No. Al ángel. No, Dianita, no hay tales, no existen los ángeles. Sí, sí existen, vos me dijiste hace un rato. Bueno, sí, pero no se ven. Metió a un hombre: ¿qué clase de hombre?, ¿un vagabundo?, ¿un delincuente? Quedate acá. Teléfono de emergencia. Hay un hombre en la casa donde trabajo, un desconocido, la niña que cuido le abrió la puerta. ¿La tiene de rehén? No. ¿Qué hace? Tomó una ducha; ahora come, creo. Ya llega una patrulla. Llega la patrulla. Entran los oficiales, Sacan, sigilosos, a la Diana grande y a la Diana chica. ¿Por qué nos sacan? Registran. ¿Por qué nos sacan? Lo encuentran. ¿Por qué nos sacan? Porque hay un hombre peligroso y se lo van a llevar. Lo atrapan. No se opone, ni siquiera se molesta. No es hombre, Diana, es un ángel, es mi ángel. Lleva la ropa mojada, limpia, como limpia lleva la piel. Lo sacan. Va atado de las manos con metal. En verdad que es lindo, piensa y lo mira. Le dicen a la Diana grande que sea más cuidadosa. Diana chica corre a abrazarlo. Él le sonríe. Sólo a ella, nunca a los demás; eso había dicho. Se lo llevan. Dios seguro los va a castigar, murmura Diana chica.

Trueque

HAY DÍAS en que uno tiene más suerte que otros, días en los que uno se levanta y es el favorecido de la vida. Hoy ha sido ese día para mí.

Ni siquiera tuve que salir de mi casa. Estaba acá, sentado y leyendo un periódico viejo (no había tenido tiempo para leerlo, trabajo demasiado) cuando llamaron a la puerta con toques delicados (tic, tic, tic): era un hombrecillo, un tipo más bien bajo y fino de huesos y modales, casi como un niño, pero con voz aplomada y un brillo de arrogancia en sus ojos redondos. Me proponía un negocio. Un trueque.

El tipo estaba alojado en una pensión que queda a tres calles y, en sus andares, había visto a mis hijas, que son gemelas. El pobre pensaba que se trataba de una sola y por una sola había venido. Había averiguado con dificultades dónde vivía ella (aunque no lo parezca, la gente de acá es muy discreta cuando son extranjeros los que preguntan) y, sin consultar con mi hija, vino directamente a mí para hacer el trato: ella a cambio de un león, que había llevado consigo para que yo no fuera a creer que se trataba de una burla o de una estafa. Un león de verdad, grande, bien alimentado, de cabello brillante, por una sola de mis hijas.

Por dentro, me brillaba la codicia, pero por fuera debía disimular, no mirar demasiado al león para que no se notara que lo deseaba, fingir que no estaba interesado en hacer un trato con ese hombre al que nunca había visto.

Pensaba en decirle que me tomaría un par de semanas para meditarlo porque no se trataba de un paso sencillo, que mis hijas eran mis hijas y que, aunque no fueran tan útiles como un hijo varón, les tenía cariño. Pero él iba de paso por la ciudad, de modo que no tenía tiempo para pensarlo mucho. Debía aceptar de inmediato u olvidarme del negocio.

Tres minutos me dio para reflexionar. Y yo, que soy astuto para los negocios, no necesitaba de tanto tiempo: tenía mi respuesta lista desde que me planteó el trueque; pero me los tomé para llenarlo de tensión, para preocuparlo y obligarlo a que mejorara su oferta. Él lo comprendió y añadió un bote de brea. Entonces le sonreí y lo pasé adelante. Lo hice sentarse y le ofrecí agua para que bebiera. Agua, bien fría. La tarde era calurosa, ardiente el aire: no había mejor manera de demostrarle agrado y aprobación a un desconocido.

Aceptó gustoso la invitación, aunque me dijo que el agua no era necesaria, no iba a estar conmigo mucho tiempo. De modo que únicamente se acomodó en mis sillas del jardín, con el león a su lado, y me escuchó.

—Sucede que, aunque quiera, no puedo cambiarle a mi hija por su león –le expliqué en un arranque de buena conciencia– porque no es justo: como ya habrá visto, tiene pocos senos. Además, no puede tener hijos, a ella y a su hermana las esterilicé desde que nacieron.

Me manifestó –mientras yo veía de reojo lo lindo que se miraba la fiera en mi jardín– que no tenía

importancia, que lo de los senos lo había advertido ya y que lo de los hijos le venía bien.

Extrañado, le argumenté que, de todas maneras, no podía cambiarle a ninguna de las dos porque mi otra hija se moriría de tristeza si su hermana se marchaba.

—¿Puedo ver a la otra hija? –preguntó con interés.

Contesté que sí. Ese era mi propósito: que la viera también y que también quedara prendado de ella, que me ofreciera tan buen trueque como por la otra.

—Pero, si ya vio una, las vio a las dos: son gemelas. Idénticas. Ni yo mismo puedo diferenciarlas –le dije para que creyera que no eran distinguibles, aunque bastaba con verlas reírse para saber cuál era cuál: una no tiene muelas y la otra tiene la lengua azulada.

—Gemelas... Me gusta. Las tomo –contestó.

Sin embargo no aumentó la propuesta, a pesar de que le recordé que eran dos, y no una, las que se estaba llevando.

El hombre bajito –que resultó no ser tan tonto como yo me imaginaba– me respondió que yo sabía que un león y un bote de brea eran un precio alto por una mujer, más de lo que cualquiera en su sano juicio me hubiese dado, y que –además– una mujer repetida vale mucho menos. Tenía razón. Yo lo sabía, pero no podía aceptarlo. De modo que no cejé en mis argumentos y, finalmente, agregó dos botes más de brea y un collar hecho con dientes de tres tiburones diferentes, además de una constancia que me adjudica como el verdugo de los tres monstruos marinos.

Cerramos el trato. Me dejó el león, y media hora más tarde me llevó los tres botes de brea, el collar y la constancia. Yo ya le tenía a las niñas bañadas, con los documentos en orden y sus pertenencias empacadas.

Antes de que se fuera lo invité a tomarse un anís. Esta vez no me despreció. Se lo bebió con alegría y prisa. Luego se marchó con mis dos hijas y yo me quedé contento. Había hecho un buen negocio. Con los tres botes de brea puedo cubrir todo el techo e impedir que vuelvan a filtrarse las gotas de lluvia. Con el collar y su documento puedo hacer alarde de valentía frente a mis amistades. Y el león –que es tan bonito– va a hacerme compañía. Por las mañanas adornará mi jardín; por las noches vigilará mi casa.

También puedo cobrarles a los niños para que vengan a verlo y, de vez en vez, alquilarlo para que engalane alguna fiesta.

Lo veo y me pongo contento. Aún no puedo creer que existan tontos capaces de darme lo que ese hombrecillo me dio a cambio de dos muchachas con pocos senos e incapaces de tener hijos.

Definitivamente hay días en que a uno le sonríe la suerte.

Estampa

OFELIA HA muerto. Ha muerto en el baño. Ha muerto desnuda en la tina blanca que va coloreándose de amarillo. Ha muerto sin quejas. Sin resistencia. El cabello castaño, la piel sin color, la bondad, los movimientos de dulce. El cuerpo, el espíritu, las horas. Tiene los ojos cerrados y el líquido le respira en las orejas y moja sus labios pálidos y reventados. Ofelia. Estrecha y larga y pegada a los huesos. Ofelia desnuda flota en la tina, en el espacio que los cabellos dejan para el cuerpo. Ofelia cabellos largos revueltos con líquido y esparcidos sobre, entre, en medio y debajo del cuerpo y la tina. Y las flores. ¡Ah! ¡Las flores! Las flores le flotan sobre la piel, la recorren como animales en fruta. Aquí, allá, hasta las semillas. La recorren, la perfilan y le hacen cosquillas y Ofelia ya no siente, Ofelia está dormida flotando en meados que le salieron de adentro de las piernas y de adentro de los ojos. Se durmió. E durmió. Durmió. Mió. Ió. Ó. ¿Oh? Ofelia no siente. No mira las flores que se cuelan por la ventana como luz, como rayos del árbol que ella alimentaba por las mañanas. Tiene los ojos cerrados; el gesto, triste y sin dolor. Sin dolor. Sin dolor. Sin dolor. Sin dolor. El agua salió de ella misma. El agua es amarilla

y espesa. Y tiene un fuerte olor. Más fuerte que el de la sangre guardada por días enteros. Pero Ofelia no se ofende; al contrario, pareciera que sonríe, que le gusta, que se siente cómoda. Ofelia ya no siente. No siente. La toco y no me siente. Ni el tacto ni el asco. No siente. Ni se ve siendo vista desnuda, con el cuerpo comenzándosele a ajar por la humedad y una flor posándosele en la boca. No sufre. Le toco los labios con mis labios. No me siente.

Lázaro, el buitre

De vez en cuando, a Lázaro se le salía el instinto. Sobre todo en los funerales, donde siempre había que mantenerlo lejos del muerto porque se le acercaba de más y decía en voz alta que quería comérselo, que le despertaba el apetito. Entonces nos lo llevábamos a un restaurante a tomar una copa y a que comiera algo.

Siempre pedía carne cruda, para que le recordara al «bocado que acababa de dejar en el ataúd», decía, y le celebrábamos el comentario como la mejor de las bromas. Porque todos sabíamos que, bajo el traje y la sonrisa, Lázaro era un buitre. No lo disimulaba. No se recortaba las garras ni plegaba las alas, salvo cuando viajaba en autobús, por consideración a los demás pasajeros. Pero, una vez en la calle, las extendía de nuevo. Cuando andaba más contento de lo usual, elevaba el vuelo y surcaba la ciudad y coloreaba con sus alas y su vuelo nuestro cielo de granito.

Si volaba era motivo de comentarios. Si estaba en el suelo era motivo de conversaciones. La gente le sonreía y lo saludaba, no porque fuera un buitre, sino porque era gracioso, amable. Caminaba por la ciudad soltando frases corteses al aire y provocando conversaciones en cada esquina. Siempre tenía de qué conversar, por eso

nadie lo excluía por ser un buitre y por tener plumas incrustadas en la piel y un pico enorme en lugar de boca, y una estatura descomunal para un buitre, una estatura de hombre. Y se comportaba como hombre. Salía temprano de casa y compraba los periódicos de la tarde. Era un buen ciudadano, aunque no tuviera sus papeles en orden, porque jamás arregló papeles, ni siquiera los tenía, se había aparecido así nomás y le alquiló al dueño del edificio el departamento arriba del mío con los únicos papeles que decía que se necesitaban para vivir en una ciudad como ésta. Era un buen ciudadano. Y de eso hubiera tenido la expresión si hubiera tenido un rostro como los nuestros, un rostro humano.

Le agradaba a todo el mundo. A los de las calles y a los del vecindario. Hasta a mí, que tenía que soportar su silencio sobre mi techo, porque era simpático. Sus chistes eran lo mejor que cualquiera hubiera oído, eran capaces de hacer reír hasta a los que les corre vinagre por las venas. Uno podía perdonarle cualquier cosa con tal de conservar su compañía: el gusto por la carne cruda durante las cenas que compartía con nosotros, su arrogancia cuando hablaba de lo bien que se siente volar sin ir encerrado en un avión, el olor del polvillo que despedían sus plumas y hasta su manía de salir por la ventana en lugar de retirarse, como todos nosotros, por la puerta.

Pude perdonarle incluso que un día de hambre arrebatara de mi terraza al perro de mi señora (no puede uno negarle comida al vecino) y que, otro día, accidentalmente hiriera el brazo de mi hija cuando quiso tomarla durante un juego y sus garras torpes le traspasaron la piel. Pude perdonarlo. Lo que no pude

excusarle fue la avidez con que le limpió la sangre con su propia lengua. Mi esposa hasta besó su mejilla y le pidió que no se abochornara; la herida cerraría, mi hija tenía un buen organismo. Pero él continuaba. La lamía y le sonreía. Le hacía cosquillas. Y ella reía. Y todos sonreían con él. Parecía un juego. Pero no era un juego. Nadie que juega mira con la voracidad con que él miraba a mi niña. Deseaba comérsela como se había comido al perro y como había querido comerse a los muertos en los funerales, y como comía la carne cruda en los restaurantes, y como se habría comido a miles de animales en el lugar de donde venía. Yo lo sabía. Lo había descubierto. Y él lo notó. Por eso se acercó a disculparse conmigo, a decirme que aún no lograba controlar ciertas cosas, pero que no fuera yo a creer que él quería dañar a mi hija. Le sonreí entonces y le dije que no había problema. En verdad quise creerlo. Pero, por la noche, se metía en mis sueños, y en las garras y en la boca se llevaba al perro muerto de mi esposa, a mi hija y a mi hijo. Los devoraba con deleite. Luego llamaba a una bandada inmensa y devoraban a todos los hombres. Y yo sólo podía verlo desde lejos. No podía alcanzarlo.

Los días siguientes, me invitaba constantemente a salir para que olvidara lo sucedido, pero no acepté, sino sólo una vez, sin decirle a nadie y sin darle tiempo para que avisara hacia dónde saldría. Lo llevé al monte a cazar. Me dijo que con su vuelo, su vista y sus garras atraparíamos piezas valiosas. Le brillaron los ojos de deseo. Estábamos solamente los dos. Él volaba alto y dibujaba círculos en el cielo. Yo buscaba liebres. Pero él buscaba algo más grande. Cada cierto tiempo, descendía y volvía a mí con una pieza enorme

incrustada en las uñas. La depositaba a mis pies, me miraba con malicia y decía que aún podía traer algo más grande. Yo sonreía.

Después de siete piezas, voló alto y dibujó círculos en el trozo de cielo que estaba sobre mí. Era el momento. El mío. Le disparé. Mientras galanteaba su vuelo, le disparé. Mientras se precipitaba herido, le disparé. Le disparé cuando cayó. Incluso cuando ya estaba muerto le disparé. Luego regresé a casa, donde nadie había notado nuestra ausencia. Yo había vuelto a la misma hora de todos los días. Por él preguntaron muchos días después, cuando hasta yo lo había olvidado. Preguntaron por qué ya no aparecía y ya no volaba, y yo lo único que pude decir fue que a lo mejor se había marchado, así, sin avisar, como había llegado. O que, a lo mejor, nunca había sido, nunca había estado ni se había llamado Lázaro, y que sólo había sido un sueño colectivo.

La gente se quedó tranquila. No se preocupó, ni yo me preocupé; la gente por acá sabe olvidar con facilidad. Los vecinos tampoco preguntaron más.

El dueño del edificio vino una tarde a desalojar sus pertenencias. Algunos inquilinos le ayudamos. Yo hasta me quedé con uno de sus trajes; los demás se quedaron aguardando la llegada del siguiente vecino.

Abuelo

LA IDEA fue mía. Se me ocurrió porque echaba de menos al abuelo. Habían transcurrido ya dos años con tres meses desde su entierro y aún no podía acostumbrarme a su ausencia, a la falta de su mirada estática desde las esquinas, al aire sin el olor que el tabaco le había dejado impregnado en los dedos, al silencio de las madrugadas sin sus pies tropezándose con los muebles de la casa a oscuras, a los almuerzos sin sus historias obsesivas. No podía. Ya lo había intentado –de verdad–, y no conseguía habituarme a estar sin él.

Por eso, un jueves por la tarde, decidí ir a buscarlo, a la hora del almuerzo, con la ayuda de nadie. Me fui al cementerio a buscarlo para llevarlo de nuevo a casa.

Un hombre me vio escarbando. Me dijo que no era correcto hacerlo sin un permiso de la municipalidad, que debía solicitarlo primero. Le contesté que mi abuelo no le pertenecía al municipio, sino a mí y a mi familia, que lo extrañábamos. —Además –le expliqué–, mañana es un día especial. Vamos a tener una reunión familiar, y la familia no estará completa sin él.

Me sonrió, hizo señas para que siguiera escarbando y se agachó para ayudarme. —Sin mí no terminarás antes de que anochezca y cierren –dijo–. Y tenía razón:

yo era inexperto y él, en cambio, cavaba y sellaba fosas a diario: era el enterrador.

En menos de dos horas tuve al abuelo nuevamente frente a mí. Estaba desnudo. La muerte le había comido la ropa. Ya lo había previsto y le llevaba una muda de ropa, la que más le gustaba, para que estuviera cómodo.

El buen enterrador me dijo que me fuera sin preocupaciones: él rellenaría el hoyo por mí, a condición de que devolviera a mi abuelo a su tumba al día siguiente, viernes. No pude aceptar su propuesta. Un solo día es muy poco tiempo para estar con un abuelo, de modo que le pedí que me otorgara siquiera el fin de semana.

Aceptó, pero me hizo jurarle que, el lunes, a primera hora, devolvería el cadáver. No quería problemas con la ley.

Le di mi palabra, y también veinticinco colones, que se negó a aceptar. Dijo que su remuneración era la alegría de mi familia. No quise insistir; no es de buena educación. Me despedí, subí al abuelo en el automóvil y me lo llevé.

Una vez en casa lo senté en la silla que ocupaba siempre en el pasillo. No hubo necesidad de limpiarlo: estaba pulcro, como en vida. Igualito. Un poco más flaco. Se miraba lindo. Nada se miraba incompleto con él ahí sentado.

Mi familia se emocionó. Cuando entraron, les pareció que se trataba de una visión, un invento de la mente de ellos. Fue hasta que tropezaron con él que cayeron en la cuenta de que no era uno más de sus intentos por recordarlo, sino que se trataba de él, del abuelo, que había regresado.

Lo abrazaron durante largo tiempo. Sonreían más de lo que sus labios estaban acostumbrados a hacerlo y me llamaron para que fuera también a rodearlo con mis brazos. Entonces les revelé que yo lo había llevado de regreso. Para todos, no sólo para mí.

Toda la noche la pasaron a su lado hablando de lo feliz que se pondrían los parientes cuando lo vieran a la noche siguiente. Sería una gran sorpresa, decían, y telefonearon a todos para que nadie fuera a faltar.

Nadie faltó. Llegaban intrigados porque pensaban que íbamos a anunciar la entrada de un nuevo miembro en la familia. Y se emocionaron cuando, después de que papá contó lo que hice, pusimos ante la vista de todos el cadáver del abuelo. No hubo quién no quisiera tocarlo. Se lanzaban a besarlo y a contarle los últimos sucesos de la familia. Los nietos no cesaban de saltar a su alrededor y los hijos no paraban de tocarse el pecho y luego tocarlo a él diciendo «no puede ser, no puede ser». La abuela estaba transformada. Brillaba. Se había colocado bajo los brazos de él y me agradecía por haberlo llevado de vuelta.

No tuve corazón para decirles que no se alegraran tanto, que debía devolverlo.

Cambié de planes. Busqué la sierra y me dispuse a cortar al abuelo en seis partes, una para cada una de las cinco familias que formaron sus hijos. La otra para la abuela, que se decidió por los brazos. Nosotros nos quedamos con el tronco, sentado en la silla de siempre. Los demás no se quejaron; aceptaban lo que fuera, que siempre era mejor que una foto en la pared. También aceptaron encantados la única condición que puse: que, en las reuniones familiares, cada cual llevara (sin excusas) su parte para tener al abuelo completo.

No sólo me besaron las manos, sino que hasta se hincaron ante mí.

Acepté su tributo, satisfecho de haber decidido lo correcto para mi familia y no para el sepulturero ni para mi honor, que a fin de cuentas vale menos que tener al abuelo de vuelta en casa.

Fauna de alcantarilla

NO ERA una visión: de las alcantarillas salía reptando un hombre sin ropas y con la piel escamada. A cazar gatos y perros para comer.

La escena duraba un instante. Luego, el hombre desaparecía. Se lo tragaban las cloacas. Solamente volvía a salir cuando el hambre de los suyos chillaba de nuevo.

No estaba solo. Había llegado con su mujer y sus dos hijos. Pero ellos no salían, eran simplemente seis ojos brillantes, como los ojos de los perros, que se asomaban entre la oscuridad de debajo de las calles. El que se arriesgaba era él. Era el macho. Cazaba para todos. Y cazaba bien. Certeramente. No se le escapaban las presas. Ni siquiera se daban cuenta de la hora en que morían: él salía del silencio y las dormía de inmediato clavándole las uñas en la conciencia. Luego, antes de que la falta de respiración les enfriara la carne, las comían.

Tres veces al día se escuchaba el sonido de las cuatro mandíbulas triturando huesos de animales. Los perros iban desapareciendo de las casas y ya no se miraban gatos en los techos.

Los vecinos, inquietos, le solicitaron al vigilante del barrio que detuviera al ser de las alcantarillas que

estaba devorando a sus mascotas. Y el guardia lo atrapó. Lo esperó tras una sombra y, cuando salió por un perrito color canela, le echó mano y no lo dejó escapar por más que pataleó e intentó morderlo. No le costó. Lo controló como a un animal. Y lo entregó a los vecinos para que hicieran ellos lo que creyeran conveniente: en la delegación de policía –lo sabía bien– no se encargaban de casos como ése.

Pero se les escapó. En un instante. Cuando se descuidaron, se soltó de sus manos y se regresó a la alcantarilla. Todos escucharon la celebración de su familia por el regreso, amplificada por el eco de las alcantarillas. Entonces se aterraron. Se sintieron invadidos, plagados. Y el vigilante, estupefacto, sugirió que se contactaran con el zoológico: ellos se encargarían mejor de esa situación.

A los vecinos les pareció una estupenda idea. Llamaron de inmediato, pero los encargados se negaron a aceptar al ejemplar escamado. No estaban interesados. Ahí sólo se encargaban de animales, nada de hombres, mucho menos si tenían familia. Comieran lo que comieran. Tuvieran escamas o no. Animales querían ellos. Ya antes habían acogido a un hombre y les resultó molesto: incomodaba a los animales, exigía demasiado...

Los vecinos tuvieron que arreglárselas por su cuenta.

Sellaron las alcantarillas. Para que no pudieran salir. Para que no siguieran desapareciendo mascotas. Para que dejaran de ser un problema. Para asfixiarlos.

Lo consiguieron.

Después de una semana, cesaron los lamentos, y se esparció por el barrio el olor de seres escamados sin vida. Entonces, para contrarrestar la fetidez, abrieron

nuevamente las bocas de las calles y cubrieron con cal los cuerpos.

Semanas después se les ocurrió pensar que habría sido más fácil convencerlos de que regresaran a su lugar de origen o atraparlos con una red y luego arrojarlos en el pantano, de donde probablemente habían llegado. Pero ya era tarde: sus huesos estaban ya volviéndose polvo.

Lo tomarían en cuenta para una próxima ocasión.

De obsequio

AL ABRIR la puerta para salir, una anciana me estaba esperando con una sonrisa y diminutas flores ahogadas en el azul de su vestido. —Buenos días –le dije, y ella me contestó con un beso en la boca, con pasión de viejita. Traté de ignorar el incidente y continuar mi camino; pero, antes de que intentara nada, me preguntó dónde podía colocar sus pertenencias–. Extrañado, me volví hacia ella. No sabía quién era. No la conocía. Desde que estaba en la ciudad únicamente me había relacionado con jóvenes, y ella debía tener la edad que mi abuela habría cumplido si continuara respirando.

Sus manos –increíblemente jóvenes en comparación con el resto– sacaron una carta de un bolso redondito y brillante y me la extendieron. Era la letra inconfundible de papá. Decía que la mujer que tenía al frente se llamaba Isaura y que me la enviaba para que fuera mi mujer. Alegaba que yo necesitaba compañía femenina, pero no de una «gata de ciudad» (como llamaba él a las chicas de por acá), sino de una hembra de las de verdad, madura y experimentada. Isaura era la adecuada porque había parido y criado 18 hijos. Además, no se trataba de una desconocida: había sido amiga íntima de mi abuela cuando jóvenes.

Isaura estaba encantada con la idea. Había examinado mi imagen en una fotografía y le pareció que no tendría dificultades conmigo. Por eso papá le encargó al alcalde que nos casara, aunque yo no estuviera presente. El alcalde lo hizo y solamente entonces, cuando ya había papeles de por medio, Isaura, que era una mujer decente, preparó sus maletas y vino a instalarse en mi departamento.

Cuando terminé de leer la carta, le eché una mirada y ella volvió a besarme. No supe qué hacer. Nunca había recibido una mujer de esa manera. Papá me había enviado siempre ropa, comida preparada y, una vez, un gallo vivo. Yo lo había soportado todo, pero una mujer era el colmo. No la quería. Sin embargo, mi educación me hizo invitarla a pasar. No podía dejarla en el pasillo, más si era un obsequio de mi padre, de modo que la acomodé en mi habitación. Por supuesto que no iba a dormir con ella aunque hubiera llegado precisamente a eso. Trasladé lo necesario a la otra habitación del departamento que tenía pensado alquilarle a Sergio, un compañero de trabajo, para abaratar costos.

Quince minutos después la dejé. Me fui al trabajo, traté todo el día de llamar a mi compañero para que ya no llegara a ver la habitación que pensaba alquilarle y, luego de no lograrlo, me marché a tomar una copa. No quería regresar a casa. Allí estaba ella.

Cuando por fin volví, había desempacado y decorado el departamento con sus fotografías, sus mantelitos bordados y su olor a alcanfor. En la pared del fondo había colocado una legión de santos y les había prendido veladoras a todos. El sitio entero era un santuario. Para rematar, de la cocina se escapaba el olor a comida caliente.

Le pregunté que de dónde había sacado todo lo que miraba, incluso los ingredientes para la comida, porque no recordaba que tuviera algo en el refrigerador. Me dijo que todo lo había llevado en su maleta, porque se imaginaba que yo no tendría nada para que el departamento pareciera un verdadero hogar. Entonces tocó a la puerta el compañero al que iba a alquilarle la habitación donde ahora me refugiaba. Entró y quedó encantado con el sitio. Me dijo que era mejor de lo que le había descrito.

Isaura estaba en la cocina y yo rogaba por que no se apareciera antes de que le inventara a Sergio una excusa para no rentarle la habitación. Pero mis ruegos no fueron suficientes. Isaura salió de inmediato y se presentó como mi mujer.

—Es encantadora –comentó él–, y a mí me pareció una burla. Por eso traté de explicarle que no era asunto mío, sino de mi papá, y que nunca había dormido con ella. Pero no pude, porque Isaura lo invitó a cenar y no pararon de conversar hasta que ella le sugirió que ya era tarde para que un joven decente anduviera en casas extrañas.

Cuando Sergio se marchó, le pedí a Isaura que se fuera. Mi papá no podía decidir por mí en asuntos como ésos: yo no la quería, tenía una novia joven, y era mejor que se fuera. Pero ni siquiera se inmutó. Más tarde, cuando ya estaba acostado, se asomó a la habitación para cerciorarse de que estuviera bien arropado y me estampó un beso en la frente.

A la mañana siguiente salí sin despedirme y sin tomar el desayuno exuberante que ya estaba servido en la mesa. Estaba enojado y preparado para que todos en la oficina se burlaran, pero nadie parecía

haberse enterado. Sergio no les había comentado nada. Y tampoco se burló de mí en privado, solamente se me acercó para preguntarme sobre el alquiler, y tuve que decirle que, por el momento, no podía hacer tratos con él porque yo ocupaba la habitación en cuestión.

Como se quedó viéndome extrañado, tuve que explicarle que no dormía con ella, que no era mi mujer, sino una vieja loca a la que trataría de sacar de casa lo más pronto posible, y que entonces le alquilaría el apartamento entero si ésa era su voluntad. Mientras, debía ayudarme. No quería que mi novia fuera a darse cuenta de la penosa situación.

Sergio juró ayudarme, pero no lo hizo. Por el contrario, la instaba a quedarse. Todas las tardes, después del trabajo, llegaba para elogiarla por lo bien que manejaba la casa y por lo cuidado que me tenía a mí. Por lo amable que era, ella lo invitaba siempre a cenar. Y Sergio, más joven que yo, accedía gustoso.

Un día, toda la oficina estaba burlándose de mí. Pensé que Sergio les había contado ya la historia, y disimulé mi vergüenza. Pero, cuando llegué a casa, me di cuenta de lo que en realidad ocurría: ni Isaura ni Sergio estaban allí. No estaban, ni estaba el olor a alcanfor ni la legión de santos, ni los mantelitos, ni la comida. Todo se habían llevado. Se habían ido. Me lo dejaban dicho en el reverso de la carta de papá. Isaura, la mujer que me había dado mi padre, había decidido irse con mi compañero. Me pedía disculpas en la carta por traicionar nuestro matrimonio, y me rogaba que no fuera a sentirme mal, que la separación era lo mejor para los dos.

Sentí un gran alivio, pero después me invadió la tristeza y me sentí defraudado. Mi mujer me había abandonado. Ya no me quería. Estaba solo de nuevo. Y sabía que sería difícil sobreponerme. Ni todas las mujeres de esta ciudad podrían compensarme el vacío.

Lluvia en el trópico

NOS DESPERTÓ el olor a caca, a caca de animal, no de hombre. A caca de perro.

Estábamos durmiendo, arrullados por el ruido de la lluvia, cuando la peste se metió hasta nuestros cuartos. Yo fui el primero en abrir los ojos. Dudé. Podía no ser cierto. Ya antes había tenido sueños vívidos, de ésos en los que uno se ve y se siente triste y se despierta porque tiene la almohada llena de llanto o cosas así. Por eso pensé que a lo mejor no pude controlar mis intestinos durante el sueño.

Abrí los ojos en medio de la oscuridad y permanecí en cama durante un rato más, moviendo las piernas para detectar si había algo entre ellas. Pero no. No había. Decidí, con vergüenza, salir al baño a revisarme. Todo es posible –me dije–; si hasta mi abuelo, en plena juventud, se ha zurrado en los calzones, no va a pasarme a mí, que estoy entrado en años.

Cuando salí al corredor, ya mis hermanos estaban afuera, sentados en la sala y con la luz encendida, esperándome. No fui al baño. Entendí que no era yo quien producía el olor. Ni yo ni ninguno de mis sueños más vívidos. Mis hermanos me vieron y supieron que no se trataba de una broma mía. Ellos tampoco lo habían provocado. Ni uno de nosotros era culpable.

El olor era denso. Teníamos que taparnos la nariz con una mano y, con la otra, tratar de espantarlo. Intentábamos, además, respirar por la boca, de modo que apenas sí podíamos discutir la situación. ¿Hablar o respirar? No podíamos dejar de respirar por la boca únicamente para quejarnos o preguntar de dónde llegaba el maldito olor ese.

Jorge dijo éntonces que debíamos buscar al culpable, que, obviamente, no era alguien de nuestra casa.

Todos asentimos.

—Esto huele a caca de perro. A mí se me hace que la culpa es de la vieja de al lado –exclamó a media voz Julio.

Y era posible, sí. Esa mujer era capaz de cualquier cosa, incluido regar olor a caca de perro para molestarnos. Ya nos lo había demostrado cuando llevó uno de esos animales a su patio: pasó ladrando toda la noche y dormimos muy mal. También la noche siguiente y la siguiente, y la siguiente y la siguiente, y la siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Tuvimos que decirle: señora, calle a su perro, no nos deja dormir.

Quizá si se lo hubiéramos pedido dulcemente ella se habría avergonzado y disculpado con nosotros por la molestia; pero, como se lo dijimos con nuestras voces de siempre, trajo al día siguiente veinte perros más a vivir en su casa para que llenaran la noche de ruidos y no nos dejaran conciliar el sueño, aunque ella tampoco pudiera dormir.

Era posible entonces que el olor lo estuvieran causando sus veintiún perros, por orden de ella. Por eso comenzamos a pensar en cómo hablarle –sin tener que fingir nuestras voces de siempre– para que cesara el ataque, porque el ruido, al final de cuentas, podíamos

soportarlo con tapones de goma en los oídos, pero no hay manera de evitar los olores, mucho menos ése, tan denso que casi podíamos tocarlo con las manos.

Escogiendo las palabras estábamos cuando sonó el timbre del teléfono. Era la dueña de los perros. Nos pedía disculpas por el ruido de los animales, nos decía que habíamos ganado la guerra y nos proponía deshacerse de los perros si a cambio retirábamos el olor.

—¿De qué habla, señora? Nosotros no lo hemos provocado. Creíamos que era obra suya y de sus animales.

—No, señores, yo no llego a tanto.

Aún era de madrugada. Eliminada nuestra principal sospechosa, fuimos descartando de nuestra lista a los vecinos que fueron llamando para averiguar si nosotros éramos los causantes.

Nadie nos llamaba nunca y, de pronto, hasta gente de la que sólo habíamos escuchado nos estaba telefoneando: todos querían saber quién era el culpable. Y llamaban por teléfono a cada uno de los que aparecían registrados en las guías telefónicas. Sólo nosotros no llamábamos a nadie. Esperábamos a que amaneciera para abrir las puertas de nuestra casa (que, como todas las casas de este mundo, tiene muros gruesos y rejas) para salir a investigar por nuestra cuenta de camino al trabajo.

El ruido de la lluvia cesó, así que dedujimos que no necesitaríamos impermeables o mantas para cubrirnos. No correríamos riesgo alguno, ni nosotros ni nuestras ropas planchadas. Cuando mucho, debíamos llevar cubiertos los pies para evitar que se nos colara un resfriado en el cuerpo.

Esperamos.

A las siete de la mañana, ni un minuto más ni un minuto menos, abrimos todas las puertas, como todos los días, nosotros y nuestros vecinos (era la primera vez que veíamos a algunos de ellos). Y ahí estaba la causa. En nuestras aceras, en las calles, salpicada en nuestras puertas. Era caca. Caca de perro, con restos de grama incrustados.

Había caído durante la noche y había inundado nuestro lugar. Solamente a nuestras casas (que, por suerte, en este rumbo tienen muros gruesos y rejas) no se había colado. Todo lo demás estaba cubierto. Era como una nevada, pero en café: una nevada de trópico. Y apestaba.

Intercambiamos miradas de asombro con los vecinos. La noche anterior, cuando el fino goteo comenzó –tin..., tin..., tin...–, no imaginamos que se tratara de eso. Quizás debimos sospecharlo cuando comenzaron a caer gotas más gruesas –grush..., ploj..., grush...– que sonaban a lo que eran: copos de caca. No de hombre, sino de animal. Caca de perro.

Las calles estaban alfombradas. Había entre las ramas de los árboles, en el pasto de los arriates, en el aire y, ahora, en nuestros zapatos. Alguien debía remover esa sustancia de donde estaba. Nuestros automóviles no podían salir. Se hacía tarde para llegar al trabajo.

Entramos en la casa.

Cuando volvimos a salir, después de un plazo prudencial, nadie había retirado el excremento, ni de las calles ni de las puertas de sus cocheras. Tampoco nosotros. Decidimos ir al trabajo a pie; perderíamos mucho tiempo en retirar la caca endurecida de las cocheras y las calles. Todos caminábamos. Nosotros,

los vecinos y la gente de otros rumbos. Todos íbamos con pañuelos en la nariz. Los más exagerados se cubrían el rostro por completo, pero resultaba poco práctico porque no lograban distinguir los lugares más seguros para pisar y no hundirse en el pantano de estiércol.

Nosotros, además del pañuelo, llevamos un paraguas, por si acaso.

Con el olor ese trabajamos. Nadie almorzó. Los que lo intentaron no pudieron digerir un bocado. Era imposible.

Ya para la tarde el sol había endurecido lo llovido y pudimos caminar más tranquilamente. Entonces observamos que la vista era igual por todos lados: no había paisaje, sólo una pasta café que lo cubría todo.

Cerca del final del día, los vehículos más ligeros comenzaron a circular. Pero entonces, debido al peso, la pasta que alfombraba las calles se agrietó y dejó escapar el olor a caca de perro. No nos molestó tanto como al principio; ya nos habíamos acostumbrado, de modo que pudimos cenar abundantemente (no habíamos comido durante todo el día) mientras mirábamos por televisión las noticias, que sólo era una: las medidas para contrarrestar los efectos de la lluvia.

Durante los diez días siguientes, por decreto oficial, la circulación de los vehículos fue prohibida. Agrietaban el falso pavimento y, de acuerdo con los informes, impedían la solución de lo que dieron en llamar «enfermedad ambiental». A Dios gracias, siempre había un desobediente que sacaba su automóvil y dejaba escapar el olor sin el cual ya se nos dificultaba respirar.

El gobierno se dio cuenta y mandó a clausurar las cocheras. Las mujeres fueron nuestra salvación. Con

los tacones de sus zapatitos, perforaban el suelo para que el olor escapara. Así subsistíamos, hasta que el gobierno expropió a todas las mujeres sus zapatillas altas y confiscó las de los almacenes, bodegas y mercados, así como todo objeto que pudiera servir para el mismo fin. Y comenzaron a limpiar nuestra caca.

Cuando por fin la retiraron por completo, algunos comenzaron a enfermar, mi hermano Julio entre ellos. Y es que el aire ya no era igual. Le faltaba algo, y no había manera de recuperar ese algo. No volvió a llover caca de perro.

Quienes tienen animales de ésos ya no los sacan a defecar a las calles; los dejan en casa todo el día y cuidan de que haya en ella olor suficiente. Los que tienen muchos perros (pues hay quienes han instalado enormes criaderos) han hecho negocio vendiendo a altos precios los perros y la caca. La gente paga lo que pidan. Ahora todos llevan la caca a todas partes, en pequeños recipientes o en mascarillas, y siempre hay un depósito en las salas de las casas, en los comedores y las recámaras, y en el sistema de aire acondicionado de las oficinas.

A nosotros nos sale gratis gracias a la vecina del lado, que triplicó la cantidad de perros en su jardín. Eso sí: el ruido sigue siendo insoportable, pero ya casi nos acostumbramos; uno termina acostumbrándose a todo.

Trampa para cucarachas # 17

SALGO. TENGO que salir: mi habitación es tan pequeña que únicamente cabemos la cama y yo, y cabe la puerta, que no puede abrirse por completo debido a la falta de espacio. Se abre lo suficiente para que yo entre o salga con dificultad y deje a veces parte de la piel en el intento. Es pequeña la hendidura como pequeña es la cama, donde tampoco quepo si no adopto una posición fetal y guardo silencio, porque el ruido no cabe conmigo en la cama. La cama es muy pequeña y el ruido es inmenso. Cabe, si acaso, en el suelo. El suelo es un hoyo negro que termina donde comienzan las paredes color marfil, que deben llegar hasta un poco más allá del cielo –creo, no estoy seguro, nunca he alcanzado a verlo– y que ya están decoloradas por la acción de la luz, que, cuando se abre la puerta, tiene también que salirse porque no hay tanto espacio para que ambos permanezcan dentro.

Es poco el aire que tengo en este edificio enano, en este piso, en este cuarto #17 sin ventanas que me renta un viejo que atiende este hotelito de paso que no es de él sino de un alguien que nunca he visto ni en vida ni en sueños. Todo asfixia aquí adentro: el aire; el viejo; el eco de los pasos diferentes de los otros inquilinos; la

ciudad, que sólo se escucha. No puedo permanecer dentro de la habitación más del tiempo necesario. Nada se mira. No hay paisaje, no hay un cielo falso que pueda ver, ni siquiera tengo un suelo firme. Pero es lo único que las promesas de dinero de un hombre sin trabajo que busca vida en una ciudad ajena puede pagar. No alcanza para más. Para más tendría que tener dinero. Y no lo tengo. Pero lo busco. A diario. A diario salgo a la caza de un empleo. Salgo a buscar un trabajo que no me dé satisfacciones, pero sí capital suficiente para cancelar mi deuda con el hombre que, sin conocerme, ha confiado en mi palabra y me ha dado alojamiento durante semanas sin exigirme una sola moneda. Debo pagarle para poder irme de esa habitación estrecha y húmeda, llena de cucarachas que caen de ese techo que nunca he alcanzado a ver. Un techo que siempre está demasiado alto y gotea. Gotea cucarachas. No transpira agua: suda cucarachas. Cucarachas que llueven sobre mí. Que me llueven. Que me cubren. Que me recorren los labios. Que, cuando trato de atraparlas, se escapan, me burlan, se arrojan en el hoyo negro que hay debajo de la cama. Es una plaga, le dije al viejo en su oficinita, un cuartucho situado en una esquina opaca del primer piso. Se lo dije al cuarto día, con tres noches sin dormir y cuatro días y tres noches sin pagar. Le dije: Estoy teniendo un pequeño inconveniente, don Gabriel (Gabriel dice llamarse, pero yo creo que miente, porque, cuando lo he llamado por ese nombre nunca se vuelve a verme, no me responde).

El viejo pareció no escucharme. Entonces levanté la voz a la altura de la seriedad del caso. Demostré lo molesto que estaba: apoyé ruidosamente los puños

sobre su mesita llena de papeles vírgenes. —Don Gabriel –repetí–, hay un problema con la habitación que me ha dado, don Gabriel, no se puede vivir ahí, don Gabriel, es imposible, no hay espacio para caminar durante las noches de insomnio, don Gabriel, y no se puede dormir tampoco: llueven cucarachas. ¡Cucarachas en la habitación de un hotel, que, aunque sea pequeño y barato, es un hotel! ¿Lo sabía, don Gabriel? ¿Sabía que la habitación está infestada de cucarachas, don Gabriel, de cucarachas de seis centímetros de largo? Debemos hacer algo. Fumigar, quizás. O cambiarme de habitación.

Él me respondió con silencio y me miró como queriendo decirme: Tú ni siquiera pagas, ¿entiendes? No tienes el derecho de reclamar. Y quizás sea cierto: no tengo derecho de reclamar. Yo no le pago. Pero es porque no tengo empleo, por eso busco uno, para poder comprar mi derecho de reclamar y exigir una pieza más amplia que tenga ventana y desde cuya cama pueda yo ver el techo, un techo desde el que no caigan cucarachas que me impidan dormir. Y es que, desde que habito la pieza #17, no puedo tener un sueño tranquilo. Ellas están siempre ahí para evitarlo. Se meten en mi letargo y me tientan a perseguirlas. Yo las persigo, y no las atrapo ni las mato. Son veloces. Son más rápidas que mis manos y que mi deseo de destriparlas. Me vencen. Una y otra vez. Me vencen. La noche entera me vencen. Vencen a la noche.

Por las mañanas salgo desvelado a enfrentarme con la ciudad. Cada vez más delgado. Pido clemencia, pero la ciudad me envía de un lugar a otro a mendigar empleo. Nada me da. Nadie me da nada. Excepto don Gabriel (que no debe llamarse Gabriel, de eso estoy

seguro: es un nombre demasiado venerable para un hombre como él, que ni siquiera se preocupa por acicalarse para atender a los turistas y a los amantes furtivos que llegan a tocar la puerta de su hotelucho, que no es suyo, sino de un dueño que no se asoma mucho por ahí, que le confía el manejo del negocio), solo él me da algo, me da la habitación sin cobrarme. Por el momento, porque yo le he jurado que voy a cancelar el monto de mi estancia en el hotelito cuando tenga plata, cuando consiga un trabajo y me paguen. Le voy a pagar. Pero ahora no puedo. Me avergüenza no poder. Por eso, cuando llego de pelear contra esta ciudad que no es mi ciudad, evito verlo. Trato de pasar rápidamente frente a su oficinita, pero justamente entonces es que parece interesarse por mí. Me llama por mi nombre y me pregunta cómo me ha ido. —Pues, verá... –le digo–. Y él siempre me dice lo mismo: Acércate, hombre, que no te estoy cobrando, quiero saber cómo te trata esta ciudad ingrata. Y me lo dice en serio. No me presiona para que le pague. Ni siquiera me dice cuánto le debo, ni necesito que me lo diga, lo sé de sobra, los precios de las habitaciones están escritos en un cartelito tras su silla. El cartel me lo recuerda. Él no. Él únicamente quiere conversar. Quiere conversar un rato. Quiere que le cuente cómo es la ciudad que yo veo y si ya me di por vencido y si pienso volverme a la ciudad de donde salí, a mi ciudad.

Siempre tiene un humor metálico. Nadie platica con él. Únicamente le preguntan cuánto cuesta la noche en la habitación simple y cuánto en la habitación tal, y cuánto en la tal, y si hay habitaciones libres, y dónde pueden encontrar un lugar aceptable para comer, y si pueden obtener más toallas, cosas así. Pero

no conversan con él. Ni él conversa con ellos. O tal vez sí lo haga, pero yo no me doy cuenta. Ni siquiera he visto a los otros huéspedes. Sé que existen porque él los menciona y porque, de noche, muy tarde, mientras yo no puedo dormir, escucho sus pasos y sus risas o sus cansancios y jadeos. Pero nunca los he visto. Solamente lo he visto a él, y muy pocas veces, menos de dos veces diarias. Casi nunca está en su sitio. No sé dónde se mantiene, no me lo ha querido decir, ni tampoco me he atrevido a preguntarle. Ya no me atrevo a preguntarle nada. Él se molesta si lo hago. Se molesta si no le contesto lo que me pregunta y se molesta si pregunto algo, y si intento comentar algo negativo acerca del hotel que cuida. Siempre detecta mis intenciones. Dice: Bueno, se acabó la conversación, vete a donde ibas, y tengo que obedecer, tengo que irme y no preguntar. No quiero enfadarlo, no me conviene. Si se molesta es capaz de recogerse el poco cabello que tiene y que le cae sobre la frente y decirme con voz molesta que ya está bueno de andar haciendo caridades conmigo y que mejor me vaya, que él no gana nada teniéndome ahí a cambio de promesas. Sería terrible porque no tengo adónde ir en esta ciudad, salvo al camino que me lleva de nuevo a la ciudad que dejé. No tengo adónde ir. No tengo nada. Sólo lo tengo a él y a la habitación, y a las cucarachas, y al juego inútil de tratar de atraparlas. Porque a eso juego ahora que ya llevo tanto tiempo sin dormir. Juego a atraparlas. Eso me da cierta satisfacción, cierta alegría, y eso es bueno, porque en estos últimos días no había sentido emociones. Ya ni siquiera me avergonzaba al pasar ante don Gabriel sabiendo que le debo mucho más de lo que me podrían anticipar en un trabajo medianamente bien

pagado. Ya ni siquiera me importaba que el suelo caminable dentro de la habitación sean únicamente seis cuadritos negros que amenazan con tragarse a cualquiera que coloque mal los pies. No me importaba. Había dejado de interesarme, como había dejado de interesarme el buscar empleo. Me daba igual conseguir uno o no conseguirlo. Ya no salía a eso. Salía a ver la ciudad, a adivinar de dónde provenía cada uno de los sonidos que, de noche, se colaban por las paredes de la habitación sin ventanas para confabularse –junto con las cucarachas y las voces y los pasos de los otros inquilinos– para no dejarme dormir.

Uno a uno los fui descubriendo. Estaban en las esquinas cercanas y en las más lejanas, quietos. Yo creía que descubrirlos me haría feliz, que sería semejante a un encuentro con una persona esperada durante años. Pero no fue así, no: no me provocaron la menor emoción. Dejaron de interesarme y ya únicamente seguía saliendo para no tener que quedarme en la habitación, aunque la idea comenzaba a gustarme. Por momentos me imaginaba postrado en la cama, inmóvil como un santo, como un condenado a la veneración, como un maldito. Pero quedarse eternamente en ella equivaldría a ponerme en el peligro de que el viejo Gabriel me echara. Si entraba a sacudir un poco las esquinas (que no es mucho porque en la habitación no hay ventanas y el polvo que yo llevo en los pies cuando regreso es muy poco), a hacer la cama o simplemente a echar un ojo a mis cosas para comprobar que yo sigo siendo igual de miserable que cuando llegué y me veía acostado y sin hacer nada, sería capaz de sacarme inmediatamente. Eso sería muy triste para mí, que no tengo más sitio adónde ir en esta ciudad, ni amigos a los cuales acudir

–no me ha quedado tiempo para hacer amistades–; y triste también para él que no tendría con quién hacer caridad. Por eso es mejor salir, aunque mis salidas sean un engaño. Porque ya no salgo para algo ni para nada, no busco empleo, no veo las calles, soy ya como los demás: no me importan los edificios que me impresionaron las primeras setenta mil veces que crucé estas rutas y que me hacían sonreír de emoción porque al fin podía estar acá, donde dije que estaría, y no en mi ciudad. Lo único que me importa es llegar a la habitación. Llegar para tenderles trampas a las cucarachas, para agarrarlas y luego atrapar un poco de sueño.

No me canso. Las primeras noches pensé que sería imposible y que lo único viable era irme, regresar a casa, porque creía que ellas se habían adueñado del lugar y no lo dejarían libre para mí, no me dejarían vivir en esa ciudad, en esa ciudad a la que ellas habían llegado primero, su ciudad. Hasta llegué a pensar que el viejo Gabriel estaba de su lado y que, cuando yo salía a buscar trabajo, él entraba a dejar más en los rincones de ese cuarto minúsculo y a alimentar a las que ya estaban dentro. Porque cada vez eran más. Siempre más. Y yo estaba indefenso. Yo les pertenecía. Era de su propiedad. Podían andar sobre mí a placer: le habían perdido el respeto a mis posibles manotazos. Las perseguía durante horas sin conseguir nada. Cuando casi las tenía en las manos, se desvanecían como luz, como soplos. Me había dado por vencido. Todo me había fallado, las dieciséis trampas que les había puesto las últimas dieciséis noches no habían resultado. Dejé migas de pan y no acudieron a comerlas. Coloqué bolitas de veneno en las esquinas y las ignoraron. Esparcí azúcar en el piso para atraerlas,

mantenerlas allí un buen rato y tener el tiempo suficiente para atraparlas, pero únicamente conseguí que don Gabriel me regañara por ensuciar. Dejé sobre la cama un libro que encontré en la calle para que ellas llegaran a destrozarlo, pero ni siquiera se acercaron. Les puse un plato de comida para llamar su atención, pero deben tener un lugar mejor para comer, porque no le prestaron atención; cuando volví, la comida estaba intacta, ni siquiera se posaron sobre ella para arruinarla, para molestarme. Extendí mis ropas y las regué de veneno para que, cuando se asentaran sobre ellas, se contaminaran y murieran en sus rincones. Pero no pusieron una pata sobre ellas. Después coloqué ratoneras. Más tarde preparé trampas grandes, como si se tratara de animales inmensos, trampas de lodo, trampas de metal, de agua, de fuego, trampas de carne, de sangre, redes, arpones y música hipnótica que no cesaba de sonar.

Nada funcionaba. Hasta que probé la trampa decimoséptima, que surgió como una visión la noche que le comenté a don Gabriel que me daba por vencido, que me regresaba a mi ciudad a trabajar, y que le mandaría el pago desde allá. Surgió esa noche, y dio resultado. Las cucarachas acudieron todas juntas.

Pude dormir esa noche, y las siguientes. Porque la trampa resultó esa noche y las siguientes. Yo sonreía y salía sonriente de la habitación por las mañanas a enfrentarme con la ciudad. A retarla.

Caminaba sin mirar. Mis pies conocían de memoria los caminos. Caminaba por placer, por placer y de darles tiempo a las cucarachas para que salieran de nuevo, para que se confiaran y volvieran a caer en la trampa que les ponía, conmigo como carnada, con mi

boca abierta como trampa. Yo, haciéndome pasar por un muerto, era el mejor cebo. Dejaba de respirar y ellas me recorrían confiadas hasta entrar en mi boca abierta, y allí las atrapaba. Siempre atrapaba un grupo diferente cada noche, y tenía a la vez felicidad y alimento. Ya no necesitaba comer el resto del día ni andar mendigando un trozo de pan o buscando la mejor oportunidad para secuestrar una fruta mal puesta en un estante. Andaba feliz el resto del día porque, aunque no consiguiera empleo, ya había vencido a la ciudad y a sus cucarachas noche tras noche. Ya dormía. Ya tenía una alegría qué saborear. Pensaba en las cucarachas todo el tiempo. Eran mi ilusión. Mi razón para quedarme acá, para no volver al lugar que me envía carta tras carta pidiéndome que regresara al lado de familiares y amigos cuyos rostros se han borrado, cuyo sitio ocupan ahora las cucarachas de la habitación #17, las cucarachas que atrapo con mi propia trampa, una trampa que no pensé, que llegó a mí como una imagen, como una visión el día que le comenté a don Gabriel que me daba por vencido, que volvía a mi lugar. Amo a don Gabriel (aunque siga creyendo que Gabriel no es su nombre). Él fue quien me dio la luz para aliviar mi tormento. —Tal vez si lo intentas de manera diferente, si pones de tu parte –me dijo–, y entendí que la mejor trampa era yo mismo. Aunque no sé si el viejo sabía ya lo de mis batallas con las cucarachas o se refería a mi trabajo. No sé. Pero consiguió que me quedara y que las venciera. Además, me permite seguir viviendo en su hotel, que no es suyo, y con eso tengo suficiente. Vivo feliz. No quiero regresar.

Melissa: Juegos 1 al 5

A mí: Rafael

JUEGO 1: Cuatro años. Flores en el cabello. Melissa viene de la mano del padre, que está molesto: la ha hecho levantarse del jardín, donde ella lo había estado esperando seriecita, acostada sobre la grama, cubierta de flores, con los brazos cruzados sobre el pecho, simulando estar muerta, como la abuela hace unos días, pero sin ataúd: no encontró una caja de su tamaño.

No le gustó al padre el juego. Dijo que no era gracioso.

La madre se ha echado a llorar: aún es muy reciente la muerte de su madre.

Juego 2: En el suelo del pasillo. Sin ropa. Boca abajo. Con la lengua entre los dientes y un cinturón del padre saliéndole desde la parte más alta de las piernas, donde lo tiene sujeto. Es un gato. Arrollado. A su alrededor, hojas moradas deshechas y revueltas con hojas verdes hechas bolitas. Pide que piensen que son las vísceras.

Si quieren pasar, tienen que saltar sobre el cadáver del gato, que es ella. O caminar sobre su cuerpo, patearla... de todas maneras, no siente: está muerto el gato, que es ella.

También pueden levantarla con ayuda de una pala y de una escoba, guardarla en una bolsa para basura y arrojarla en el contenedor más próximo. Así hizo el vecino con el gato que arrollaron frente a su casa...

La mamá le ordena levantarse inmediatamente. Y limpiar. Y vestirse.

Juego 3: Terraza. Hora del almuerzo. Cae de improviso a los pies del papá. Los ojos: abiertos, clavados en el padre, que está vivo y contempla su descenso sin entender. Tiene que explicarle: es una paloma, pero no de las que vuelan y cantan asustadas, sino de las que caen con el cuello doblado por la piedra de una niño.

Al papá no le gusta el juego. No le gusta verla tirada y con el cuello flexionado como si no tuviera huesos adentro. Le dice que se siente a comer. Ella no le hace caso.

El papá le dice que, por lo menos, cierre los ojos. Para que parezca menos muerta. Pero ella sigue sin obedecer: las palomas muertas no cierran los párpados.

El padre se levanta. Se va. No se conduele.

Juego 4: Con las muñecas, las treinta. Todas sin ropa. Todas con el rostro y el cuerpo cubierto por una capa del talco que su madre le aplica en la barriga y en los pies a ella. Es una morgue. En su habitación.

Diez –las más pequeñas– están en las gavetas de su cómoda. Siete están sobre la mesa del tocador, sobre una sábana, en espera de ser atendidas. Las tres más nuevas están en bolsas: son las recién llegadas, aún no sabe de qué dirá que han muerto. Las cuatro acostadas sobre la cama son las que está para que se las

lleven los parientes. Las seis bajo la cama son las que ya fueron enterradas.

La mamá entra. Mira. Le da un abrazo. No debió haberla llevado a recoger el cadáver de la abuela.

Juego 5: Plastilina. Figuras de animales y de comida.

Mediodía de frontera

TRES MINUTOS antes del mediodía. Un baño público en la frontera. Mucho calor.

Un perro abigarrado y flaco entra sin importarle que él sea macho y el rótulo de la puerta diga «ellas» (no «damas»). Viene de lamer orina del baño de los hombres. Se le ha antojado algo más. Algo femenino.

Entra disimulando, pero el disimulo está de más porque a nadie le importa que entre un perro macho en un baño de mujeres en la frontera. Además, a esa hora suele estar vacío, así que tiene tiempo para buscar con calma.

Cruza el umbral. Avanza medio metro. Mira. Vuelve sobre sus pasos: está asqueado. Ante sus ojos amarillos de perro, hay una mujer con sangre en la blusa y una lengua en las manos.

La lengua es de ella, lo sabe porque los ojos de la mujer aún tiemblan del dolor y hay marcas de violencia alrededor de su boca delgada. Es suya. Y, seguramente, se la ha sacado ella misma porque sus ojos no acusan a nadie. Fue ella. El perro lo sabe, y comienza a abandonarla: una mujer que es capaz de cortarse la lengua es capaz también de acabar con la vida de un perro de frontera. Retrocede. Ella le pide que regrese, que no se vaya, que no la deje.

El perro accede ante los ojos temblorosos de ella. Le acerca con la pata un trapo para que se cubra la boca y le pregunta qué sucedió, quién pudo hacerle eso. Pregunta sólo por cortesía.

Ella, que sabe que él sabe, no le dice quién, sino por qué: porque los ahorcados no se ven mal porque cuelguen del techo, sino porque la lengua cuelga de ellos. Es la lengua lo que causa horror. La lengua es lo que provoca lástima. No el cuello. Sólo el forense le presta atención. La gente común y corriente mira la lengua. Y un poco los zapatos. Pero es la lengua lo que estremece. Y ella no quiere horrorizar a nadie. Sólo quiere ahorcarse.

—Comprendo –dice el perro.

Y realmente comprende. Ella tiene razón respecto a la lengua y a lo que le dice después: que los que se ahorcan siempre están solos antes del acto. Cierto. No sabe él de ahorcados que hayan estado acompañados. Por eso accede a quedarse con ella antes de que deje de respirar.

Se sienta a su lado. No trata de disuadirla. No quiere interferir en sus planes. Ella sabe por qué lo hace. No se arriesga él a interceder para que, luego, ella lleve una vida de desgracia y lo culpe a él por haberle cambiado los planes. Ni siquiera quiere saber por qué lo hace. Así, si lo interroga la policía, dirá lo que sabe: nada. Le reserva a ella el derecho de llevarse las explicaciones.

Ella se lo agradece.

Permanecen un par de minutos en silencio. Y el silencio deja oír el hambre del perro flaco y abigarrado. Quiere comer. Es la hora de comer. Se reprime y espera. Permanece al lado de la viva que pronto estará muerta.

Ella escucha los gritos de sus vísceras y saca una navaja del bolsillo. Corta en trozos la lengua y se la ofrece. Aún está caliente, buena para comer. Le extiende el primer trozo con la mano derecha mientras, con la izquierda, cubre su boca con el trapo que el perro le ha alcanzado.

El perro no quiere. Desea, pero se avergüenza de desear. Ella insiste. Y él acepta.

Sabe bien la lengua. Muy bien. El primer trozo, el segundo... Toda. Ella lo observa complacida con su sonrisa sin lengua. Entonces se pone de pie para comenzar a arreglarse. Se cambia de ropa, se limpia la cara, se sella la boca con pegamento para que, cuando se muera, no pueda verse el hueco sin lengua. Se la sella con forma de sonrisa. Quiere ser una ahorcada feliz.

El perro observa el ritual. La mira ajustar la cuerda a la viga. Le gusta cómo se mira. Y, en un arrebato, le jura no dejarla sola, estar a su lado mientras se cuelga, mientras patalea, mientras lucha contra la asfixia. Porque no podrá evitar la lucha contra la asfixia.

Ella suspira. Si tuviera la boca libre y la lengua puesta, le daría las gracias. Pero no puede. De modo que lo acaricia, como si fuera suyo. Lo abraza. Lo oprime contra su cuerpo. Se sube en el retrete para alcanzar la cuerda.

Se cuelga.

Patalea.

Queda sin movimiento.

No respira.

Está muerta.

Llora el perro. Y permanece a su lado, aunque ella ya no lo sepa. Se queda. Mira mujeres ruidosas que entran y ven hacia arriba, y se alteran, y gritan.

No se mueve, aunque entren muchos. Ya no es un baño sólo para mujeres. La gente cree que él era su mascota y lo dejan quedarse. No lo echan. Él no lo habría permitido tampoco. La acompaña hasta que llegan los encargados de descolgarla y se la llevan. Entonces sale. En silencio. No contesta cuando le preguntan qué sucedió. No lo explica, sólo mira cómo se la llevan en un camión. Regresa al baño de mujeres a lamer un poco de sangre antes de que bloqueen la puerta con cintas amarillas o antes de que limpien.

Todavía tiene un poco de hambre.

Manual del hijo muerto

CUANDO EL HIJO ESTÁ EN FORMA DE TROZOS

Causa especial emoción reconstruir el cuerpo del niño (24-25 años) que salió completo de la casa hace dos o seis días. Por tal razón, es conveniente tener a mano una caja de pañuelos desechables y no fumar durante el proceso, para evitar humedecer o dañar con fuego y cenizas las delicadas piezas. Antes de iniciar la labor, se sugiere además cerciorarse de que cada una de las partes que le han sido entregadas se correspondan con las señas particulares de su hijo y ensamblen armoniosamente. Con frecuencia, el reconocimiento puede realizarse a simple vista, pero no está de más comparar la dentadura del cadáver con las placas registradas en el archivo del dentista de la familia.

ATENCIÓN: ATENDER ESTAS MEDIDAS DE PRECAUCIÓN PUEDE EVITARLE UN DESGASTE INNECESARIO EN EL CASO DE QUE LE HAYAN ENTREGADO LOS PEDAZOS DE UN HIJO EQUIVOCADO. ASEGÚRESE, ADEMÁS, DE NO FIRMAR DE RECIBIDO ANTES DE ESTAR COMPLETAMENTE SEGURO(A) DE QUE EL CONTENIDO DEL PAQUETE LE PERTENECE EN SU TOTALIDAD. RECUERDE QUE NO SE ACEPTAN DEVOLUCIONES.

Una vez tomadas en cuenta las anteriores precauciones, proceda a acomodar las piezas en la posición

en que se encontraban originalmente[1] y únalas mediante costuras –previa hilvanación– desde, por lo menos, dos centímetros antes de los bordes, para evitar que se desgarren las partes cuando se transporte o abrace si ocurre un arrebato de dolor.

La mesa del comedor –en el caso de las familias numerosas– es un lugar que reúne magníficas condiciones para el procedimiento; sin embargo, para efectos del resultado final, difícilmente el cuerpo lucirá mejor en un sitio que no sea la cama de la habitación que el hijo o hija tenía asignada cuando estaba vivo(a).

Tip: EXTENDER EL CUERPO SOBRE LA CAMA EN LA POSICIÓN DECÚBITO DORSAL, CON UNA PIERNA FLEXIONADA Y SIN ARRUGAS EN LA ROPA PRODUCE SIEMPRE LA SENSACIÓN DE TENER NUEVAMENTE EN CASA NO SÓLO A UN HIJO PERFECTO, SINO A UNO VIVO.

Procure acertar en la combinación de la vestimenta que en adelante utilizará el cadáver, pues la manipulación excesiva que supone el cambio constante de ropas puede producir deterioro en la figura lograda y muy pocas veces puede garantizarse que las piezas vuelvan a ensamblar.

Preste especial atención a las manos y pies. Éstos suelen –si uno se fija muy bien– revelar escenas del padecimiento pre-muerte del hijo en cuestión. Para evitar hundirse en la tentación de elaborar hipótesis y encontrar culpables mediante las señales que dejan, cúbralos con guantes y medias de algodón[2] oscuros.

---

1 Para aquellos a quienes las variadas manifestaciones de la emoción les impidan reconstruir mentalmente la figura del hijo, se incluye en el Apéndice B un esquema básico del cuerpo humano. Aquellos padres con hijos que hayan padecido de algunas lesiones físicas que hicieron variar su estructura, deberán consultar con el médico de cabecera.

2 Evite el uso de fibras sintéticas.

No se recomienda colocar zapatos debido a que el peso de éstos puede provocar una tensión mayor a la que los ligamentos de las piernas puedan soportar.

Esparza sobre el rostro una capa considerable de maquillaje –colores a tono con la tez– para disimular los golpes que posiblemente presente. Finalmente, rocíe unas gotas de agua para simular sudor por el calor de las velas que decoren el lugar.

Muéstrelo a familiares y amigos. Reparta fotografías de cuando vivía. Llore cada vez que alguien mencione su nombre.

Índice

Las molestias
de tener un rinoceronte 7
Hechos de un buen ciudadano
(parte I) 13
Carretera sin buey 19
Un hombre desnudo
en casa 25
Invitación 31
Hechos de un buen ciudadano
(parte II) 37
El ángel del baño 43
Trueque 49
Estampa 55
Lázaro, el buitre 59
Abuelo 65
Fauna de alcantarilla 71
De obsequio 77
Lluvia en el trópico 85
Trampa para cucarachas # 17 93
Melissa: Juegos 1 al 5 105
Mediodía de frontera 111
Manual del hijo muerto 117

Otros títulos de
Colección Ficciones

1 *Libro de los desvaríos*
Carlos Castro

2 *Lujuria tropical*
Alfonso Kijadurías

4 *Cuentos sucios*
Jacinta Escudos

5 *Siglo de o(g)ro*
Manlio Argueta

6 *Los héroes tienen sueño*
Rafael Menjívar Ochoa

7 *El canto aún cantado*
Ricardo Lindo

8 *El desencanto*
Jacinta Escudos

9 *Te recuerdo que moriremos algún día*
Mauricio Orellana Suárez

10 *El cojo bueno*
Rodrigo Rey Rosa

11 *Tres novelas cortas y poco ejemplares*
Álvaro Menen Desleal

12 *La guerra mortal de los sentidos*
Roberto Castillo

13 *Sonata de la violencia*
Waldo Chávez Velasco

14 *De vez en cuando la muerte*
Rafael Menjívar Ochoa

Esta edición consta de 800 ejemplares.
Se terminó de imprimir el día 22 de
julio de 2002

En los relatos de Claudia Hernández las fronteras son tenues, como en la vida real. Es imposible trazar una línea entre la ternura más profunda y la crueldad más descarnada, entre la indiferencia y el dolor, entre el acto de vivir intensamente y el de estar intensamente muerto. A pesar de que la muerte vaga incontenible por todas sus páginas, éste es un libro lleno de esperanzas; basta con tener el sentido del humor, o de la tragedia, lo suficientemente desarrollado.

Diseño de portada:
Edwin Ruis

FICCIONES

Claudia Hernández nació en San Salvador el 22 de julio de 1975. Los relatos de este volumen aparecieron originalmente en periódicos de El Salvador. Ha publicado también el libro de relatos *Otras ciudades* (San Salvador, 2001)

ISBN 99923-0-092-2